

HCR

056

R454-rc

REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION PARA EL HOGAR

SARA CASAL Vda. de QUIROS, Directora

SAN JOSE

COSTA RICA

AMERICA CENTRAL

Año XI

Domingo 12 de Enero de 1941

No. 452

Frondosidad Tropical



La piña es uno de los productos más excelentes del suelo de Costa Rica; su aporte vitamínico, la acidez refrescante de su jugo y su aroma delicioso, la consagran como de las más seleccionadas frutas.

La presión de la sangre parece ser hereditaria

En la Universidad de Illinois se ha hecho un estudio sobre la presión de sangre, obteniendo como resultado que la clase de sangre tiene nexos esenciales con su árbol genealógico.

Es materia conocida y probada que la presión de sangre se divide en "alta, normal y baja". Para llevar a cabo el experimento, se les tomó la presión de sangre, durante cuatro años, a quince mil estudiantes, operación que se verificó en la forma más cuidadosa.

De ese examen se llegó a la conclusión general siguiente: "Hay un factor hereditario que sin duda alguna entra en el orden o regularización de la presión de la sangre. La tendencia sobre la presión alta, normal o baja es transmitida por la sustancia materiz o plástica de un ser humano hacia el que le sigue inmediatamente; es decir, es cuestión simplemente hereditaria".

Aseguran, además, que la clase de trabajo que el individuo desempeña o el esfuerzo físico que hace no son factores que determinan la alta o baja presión de sangre. Es posible y natural que el régimen alimenticio influya, y que las personas de cierta constitución sana, muy dadas a las comidas condimentadas o grasosas, padezcan de alta presión.

Otro factor muy influyente son las emociones del individuo. Cuando éste se deja llevar por las impresiones, y se afecta moralmente por ellas, la presión de sangre sufre.

Los experimentos demostraron que las

personas que se alteran con facilidad por cualquiera emoción sufren de alta presión. Por supuesto que tal cosa no establece regla general.

La nerviosidad y la excitabilidad de los probados pudo observarse en un cuarenta y tres por ciento de estudiantes, y éstos, sufrían de alta presión. El once por ciento de los que tenían presión normal eran nerviosos; y de los que sufrían baja presión, apenas un catorce por ciento eran nerviosos y excitables.

Entre los que tenían alta presión, más de la mitad venían de familias que habían tenido enfermos del corazón y otra calamidad en el sistema circulatorio de la sangre.

Cuando se les obligaba a algún ejercicio físico, la presión "systólica" de la sangre, es decir, lo que indica el "bombeo" de la sangre del corazón, aumentaba en todos los casos. Esta operación probó también, que terminado el ejercicio, los que tenían presión normal volvían a ese estado de normalidad con mucha más facilidad.

De "Revista Farmacéutica", Colombia.

EL PODER DE LA PRENSA SEGUN S. S. PIO XI

"Todos los poderes de la tierra, incluso el de los políticos, se van refugiando en las columnas de la Prensa. El triunfo del Catolicismo y su influencia en el mundo entero, está en razón directa no de los templos católicos, ni de las instituciones benéficas, ni siquiera del número de sacerdotes, sino de la Prensa Católica".

Betina de Holst Hijos

Está recibiendo novedades del exterior - Formas de sombrero de fieltro - Portamonedas - Bellísimas flores para vestidos - Cintas y Terciopelos en todo color - Géneros para abrigos de superior calidad.

Para Primera Comunión encontrará todo lo que desee el gusto más refinado.

DIRECTORA:
SARA CASAL Vda. DE QUIROS
Apartado 1239
Teléfono 3707

OFICINA mi casa de
habitación
BARRIO: La California
Av. 1ª Calles 27-29

REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION SEMANAL PARA EL HOGAR

Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica
Benedicida y aprobada por Su Santidad Pío XI

Suscripción mensual

— de —

cuatro números

₡ 1.00

AÑO XI

San José. C. R., 12 de Enero de 1941

No. 452

Vacaciones

La temporada de vacaciones es sin duda el tiempo más feliz del año; después del rudo batallar de la vida de los jefes de la familia, del estudio asiduo de los estudiantes, de la constante labor de las madres de familia en la dirección de sus hogares, una temporada de campo viene a ser como un oasis que descansa y refresca el espíritu de todos.

Esa vida agitada de todo el año, constantemente pensando en los quehaceres del hogar, en qué divertirse, en ir al Cine, en vestirse bien, en fin que todo eso cansa. En el campo se abandonan todas esas preocupaciones y se descansa totalmente. Tal vez lo único que da trabajo es preparar los paseos a los ríos y lugares bonitos porque hay que preparar la víspera un buen almuerzo, pero ese trabajo se hace con la ilusión de gozar más y no cansa.

Los niños y los jóvenes necesitan del aire puro del campo, del abandono total de sus estudios para que un descanso completo fortifique de nuevo sus organismos para comenzar el nuevo año lectivo con más fuerzas y entusiasmo. Sobre todo los jóvenes en la edad de 14 a 17 años están más necesitados de fortalecerse porque esa edad es muy peligrosa, la edad del desarrollo es fatal para ambos sexos, en esa época el organismo necesita duplicar su vitalidad para que los órganos con la transición la edad no sufran debilitamiento.

Algunos organismos necesitan yodarse, otros necesitan la altura, cada uno debe elegir el lugar de veraneo que más le convenga, lo importante es descansar y aprovechar lo mejor posible el tiempo de vacaciones.

Una temporada de campo agitada, bailes, cenas, natación exagerada, y otros ejercicios exagerados no da ningún resultado a los organismos. Los padres son los llamados a dirigir bien para aprovechar bien las vacaciones.

Todo esto en cuanto al cuidado material de los organismos, pero en lo que deben tener sumo cuidado los padres es el cuidado de la parte espiritual de sus hijos y principalmente de sus hijas.

Cuántas veces las temporadas de campo han terminado con la desgracia de la hija que se adoraba? y todo por falta de vigilancia de los padres. Hoy día las costumbres han cambiado tanto que da pena pensar en ello, la libertad que algunos padres faltos de carácter dan a sus hijos es tanta que ya no se puede decir que son hijos de familia; felizmente que quedan gran número de familias que conservan las costumbres antiguas, vigilan a sus hijas, no las dejan salir solas a ninguna parte y menos a los bailes.

Pero quizás no hay nada que perjudique tanto a las jóvenes como los baños de mar y las pilas de natación. Una señorita que se muestra semidesnuda ante las mira-

das de todos los que van a los baños de mar a divertirse, va perdiendo poco a poco el pudor, y no hay nada más peligroso para la salud moral de la mujer que la pérdida del pudor. A los mismos hombres les choca ver una jovencita sin preocuparse de que la vean semidesnuda, salir a pasear y exhibirse en los baños de mar. Una mujer pura de cuerpo lo es mayor en su alma.

Cuando se observan esas lindas muchachitas de 6 a 12 años., parecen angelitos, su inocencia virginal les da un encanto único, esas muchachitas encantadoras las ha cuidado su mamá como a lirios de pureza, en cambio hemos visto otras, desgraciadamente también de 6 a 12 años con caras de viejas porque ya no hay inocencia en sus almas, su corazón está corrompido y saben más de la cuenta. Cuántas veces sentimos tristeza al pensar en las madres que ignoran que existen chiquitas de 6 años tan pervertidas como una mujer vieja y dejan a sus hijas ser amigas de esos focos de corrupción. Oh Madres! — vigilad mucho, muchísimo a vuestras hijas! No las espongaís a que pierdan su pureza en las pilas de natación y en las playas. Ojalá que la temporada de vera-

no sea para la santificación de la familia, para gozar más, pero nó para desatender los deberes que toda familia cristiana debe cumplir sea en el campo, sea en la ciudad, sea en la playa.

Sómos de la muerte, vivamos en la presencia del Señor, para que si nos toca la llamada a la eternidad nos encuentre bien preparados para rendir nuestras cuentas a ese Dios que es todo justicia y amor, que perdona nuestras debilidades, pero que exige mucho muchísimo a los padres de familia para que le den muy buena cuenta de los tesoros de sus hijos que se los entregó puros y limpios con la gracia del Bautismo y que espera que se los devolváis puros y limpios para entrar al Reino de los cielos.

Muchos se ríen cuando de cosas tan serias se habla, pero en el momento supremo no hay risa que valga, entónces el arrepentimiento si llega es tarde y muchas veces el pecado en que se ha vivido pone una venda en los ojos para no comprender que en ese momento supremo es de vida o muerte eterna.

Sara Casal Vda. de Quirós.

Oración a Cristo

Jamás, jamás, estuvimos más lejos de Tí, oh dulce, oh Santo Rabí de Galilea que en los tiempos actuales de podredumbre y de ignominia.

Porque Tú eras la humildad que lava los pies a los pecadores mientras las estrellas dejaban caer sus racimos de luces sobre tu cabeza pensativa; y ellos, los hombres de hoy son soberbios aún más que los gentiles y levantan a todas horas las cabezas al firmamento para escupir a los astros!

Porque Tú eras la pobreza y no tenías una piedra para reclinar esa frente que habrían de herir las espinas; y ellos, los hombres de hoy, se pavonean en el fausto y en la algazara y embriagándose con aromas exquisitos y viven engréidos porque los man-

zanos de Sodoma les ofrecen sus frutos de podredumbre!

Porque Tú eras manso como los corderos que triscan en la grama y cuyos ojos se vuelven misericordiosos a los victimarios para perdonarlos; y ellos, los hombres de hoy, tienen la cólera en el corazón y la venganza en las manos, y son como los lobos que despedazan a los corderos y aún a sus propios cachorros!

Porque Tú eras puro como la nieve que cubre los más altos montes y como la alondra que se alza en las mañanas entre las rosas de la aurora para cantar al sol, fuente de la vida; y ellos, los hombres de hoy, son sensuales como Nabuco y ofician en los templos del Fallus, como en la vieja Pompeya que un

día cubrió, con su cortina de lava el volcán exterminador y justiciero!

Porque Tú eras el Hijo de Dios y te llamabas, por humildad y por amor, el Hijo del Hombre, y pedías agua a la samaritana, y escogías al herido para llevarlo sobre tus hombros benditos, y te albergabas entre los pequeños, y buscabas a los humildes, y consolabas a los afligidos; y un día, más grande aún que Jehová sobre el Sinaí cuando se desgajaban las montañas, y se despedazaban los cielos, Tú, el Santo, Tú, el Bueno, clavado en una cruz, escarnecido, abofeteado, escupido, ensangrentado, herido, atravesado, yerto, exánime, levantaste los ojos, llenos de piedad y de sangre hacia el firmamento im-

pasible, para implorar el perdón de los que te habían despedazado!

Jamás, jamás estuvimos más lejos de Tí, oh dulce, oh Santo Rabí de Galilea! Tu sombra ha pasado eutristecida por los campos de devastación y de muerte. El olor de los cadáveres apesta el ambiente. Las aves de rapiña se han hartado durante años de cuerpos humanos. El incendio ha pasado por dondequiera sus cortinas de fuego. El hermano mata al hermano, el padre al hijo, el esposo a la esposa. Ven, ven un momento, Señor a esta tierra, a este grano imperceptible de polvo que Tú purificaste—hace dos mil años—y santifícalo de nuevo con la huella de tus palmas purísimas! *Ricardo Nieto*

Voces en el desierto

Tales son las que los Romanos Pontífices han levantado desde la atalaya del Vaticano, amonestando al mundo que, si quería tener paz y prosperidad, debía retornar a Cristo y poner en práctica las enseñanzas estampadas en su santo Evangelio. Y parte de estas voces que se dirigieron en general a la humanidad, católica y no católica, dirigieron voces especiales a los gobernantes de pueblos y naciones, abogando por la justicia y la caridad en sus consejos y decisiones, al mismo tiempo que por la serenidad y sensatez en la resolución de las diferencias internacionales.

Habló Pío X, solícito por la paz Europea, antes de que estallara esa formidable

guerra que tantos estragos causó, habló su sucesor Benedicto XV, una vez desatada, indicando con mirada certera los medios que debían adoptarse para la terminación de la misma y la mutua inteligencia entre las naciones beligerantes. Los gobernantes, las Cancillerías no hicieron caso alguno. Y ya hemos visto el resultado Europa se encuentra envuelta en una más espantosa guerra que amenaza extenderse a otras naciones. El Papa Pío XI dió la voz de alerta.

Apenas ascendido al Solio Pontificio el actual Pontífice Pío XII, fué su primer mensaje, mensaje también de paz. Y desde entonces no ha perdonado esfuerzo alguno para conseguirla, procurando hacer entrar

SOLO

Jabón SAN LUIS

con su espuma menuda y PERSISTENTE, le dará a Ud.

BUEN RENDIMIENTO

EN EL LAVADO
DE SU ROPA

INDUSTRIAL SOAP Co.
Agustín Castro & Cía.

dentro de sí a los dirigentes de los pueblos.

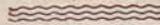
Todo ha sido inútil. Y la guerra continúa con más violencia y con mayor exacerbación de los ánimos. Ni puede esperarse otra cosa. Desoída la voz de Dios, de la que es eco la voz de sus representantes sobre la tierra, no quedan más que las pasiones y egoísmos de unas cuantas figuras políticas a las que poco les importa el sacrificio de millares de vidas humanas para la realización de sus planes, de los cuales solamente Dios Nuestro Señor puede juzgar debidamente. ¡Ah! ¡Si fueran ellos los que tuvieran que exponer sus vidas propias! Pero ellos

están muy seguros, mientras sus súbditos derraman su sangre generosa en el campo de batalla.

En tales circunstancias, Su Santidad Pío XII, considerando inútil su llamamiento a los gobernantes, acude al Cielo y pide a sus fieles hijos de todo el mundo eleven sus preces, acompañadas de penitencias y sacrificios, para que el Señor de las misericordias ilumine a los gobernantes y haga brillar sobre el mundo la anhelada paz.

En la actualidad es el único medio eficaz.

(De "Criterio", San Salvador).



Los maestros sin religión son un gran peligro social

Interesante discurso del Dr. Adler, catedrático de la Universidad de Chicago, en una reunión internacional de sabios, celebrada recientemente en Nueva York.

Entre otras personalidades de fama mundial, asistieron Jacques Maritain, del Instituto Católico de París, Alberto Einstein, del Ateneo Princeton, y el Académico Pontificio Dr. Hugo Statt Taylor, Catedrático de la Universidad de Princeton.

A mediados del mes de octubre se efectuó en Nueva York una trascendental reunión internacional de sabios, con el nombre de "Conversaciones sobre Ciencia, Filosofía y Religión" en la que tomaron parte, entre otras personalidades de fama mundial, Jacques Maritain, del Instituto Catolique en París y Alberto Einstein, del Ateneo Princeton, y el Académico Pontificio Dr. Hugo Statt Taylor catedrático de Química en la Universidad Princeton.

De los diferentes oradores que hicieron uso de la palabra, cabe destacar el discurso pronunciado por el Dr. Montimer J. Adler, catedrático de la Universidad de Chicago quien disertó sobre el tema: "Dios y los docentes".

"Actualmente — hubo de observar—

ninguna persona puede disponer de razones fundadas como para negar las verdades de la filosofía y de la religión.

La gran mayoría de los profesores, lo sé perfectamente, se declara positivista. Pero sé también que existen bastantes variedades de positivismo, como para permitir a cada uno de ellos conservar su personalidad. Sin embargo insistió en afirmar que debajo de la multiplicidad de tecnicismo verbal se encuentra una doctrina muy simple, cuyo rasgo esencial es la exaltación lisa y llana de la ciencia junto con el rechazo de la filosofía y de la religión.

A más de esto, me permito afirmar que el peligro más serio para la democracia estriba en el positivismo de los docentes, domina todos los aspectos de la educación actual y constituye el cáncer íntimo de la cultura moderna. Pues la democracia verdadera más tiene que temer por la mentalidad de sus docentes que por el nihilismo del señor Hitler. Se trata en realidad de idéntico nihilismo, en ambos casos; con todo, el del señor Hitler es más honesto y sólido.

"Hay que admitir, sin embargo que al fin de cuentas no será de parte de Hitler que seremos salvados, sino por obra de los

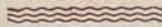
docentes. Lastimosamente no existe hoy un número suficiente de sabios que conozca las verdades de la filosofía y de la religión; ni tenemos bastantes filósofos y hombres de fe que se encuentren en su elemento tocante a la ciencia. Se evidencia así la necesidad de mucha obra de parte de los elementos representativos de esas tres disciplinas — la Teología, la Ciencia y la Filosofía — para disponer el camino al personaje, que en los tiempos actuales habrá de ser nuestro Maimónides o Tomás de Aquino, quizá hasta siglos de discusiones y de disputas incisivas.

“Una civilización no es aniquilada, propiamente hablando, por conflictos políticos, aun cuando estos alcancen la violencia destructora de la guerra moderna;

tampoco lo es por las revoluciones económicas, aunque interesen los movimientos insurreccionales de las masas populares. Una civilización muere por causas de enfermedades cuyos gérmenes pertenecen a la misma civilización.

“Los defectos de la cultura moderna son los defectos propios de sus jefes, de sus maestros y de sus sabios. Y el desorden que arraiga en sus mentes, que se manifiesta en las mismas universidades que ellas han erigido; en el sistema educativo que han construido y que han adoptado, en la enseñanza que comparten, desorden, en fin, que por medio de esa enseñanza se perpetúa y se propaga en círculos de generación en generación”. (I. C. J.)

(De “Criterio”).



La Victoria de Francia

Hemos recibido una atención tarjeta de un amigo nuestro muy estimado, francés de pura cepa y católico a machamartillo, en la que nos habla de la admirable metamorfosis que en estos momentos se realiza en Francia, “que la Historia llamará el mayor milagro del Siglo XX” por el cual Francia se reencuentra a sí misma y vuelve a su antiguo estado y vocación de Hija Primogénita de la Iglesia.

“Confieso —nos escribe nuestro magnífico amigo— que todos los sacrificios de la guerra no pagan uno solo de los beneficios morales cristianos y católicos que trajo la catástrofe militar. Con toda la voz proclamemos, gritemos que Francia se salvó, que Francia ganó la más honrosa de las VICTORIAS, la victoria sobre sí misma, la victoria sobre el materialismo, sobre el espíritu de la Revolución, sobre la masonería, cómplice y autora del alejamiento de las sociedades de Dios y de la Iglesia. ¿Podía Cristo haber oído mejor tantas oraciones?”

Verdaderamente nos ha edificado la mentalidad auténticamente cristiana de este francés, que mira las cosas “sub specie

aeternitatis”. Esto se llama hablar en cristiano y en francés.

A este magnífico y buen amigo, a todos los que aman a la Francia auténtica, la de San Luis y Juana de Arco, dedicamos el siguiente editorial.

Para quienes lloran las desdichas actuales de Francia, y son tantos en el mundo entero, y para quienes dudan y tiemblan sobre su porvenir — preguntándose casi si seguirá existiendo — están las palabras memorables que uno de los más venerados Pontífices de la Iglesia, en nuestros tiempos, el inolvidable Pío X, probablemente canonizando algún día, pronunciara en presencia de todos los Cardenales, hace unos treinta años. Hélas aquí:

“A vosotros, hijos amados de Francia (los Cardenales franceses recién creados por él), que gemís bajo el peso de la persecución ¿qué os diré? El pueblo que hizo alianza con Dios en las fuentes bautismales de Reims, “se convertirá y volverá a su primera vocación, sus faltas”, sin duda, “no quedarán sin castigo”, pero la hija de tantos

méritos, de tantas lágrimas, de tantos suspiros no perecerá jamás. Un día llegará — “y sin mucho tardar” — en el que Francia, como antaño Saulo sobre el camino de Damasco, se verá rodeada de una luz celestial y oirá una voz que le diga: “Hija mía, hija mía, ¿por qué me persigues?”. Y al responder ésta: “¿Quién sois vos, Señor?”, la voz replicará: “Soy Jesús de Nazaret, a quien tú persigues. Te es duro dar coces contra el aguijón, porque en tu obstinación te arruinas a tí misma”. Y ella, conturbada y atónita, dirá: “Señor, Señor, ¿qué queréis que haga?”. Y él: “Levántate lávate las manchas que te han desfigurado, despierta en tu seno los sentimientos adormecidos y el pacto de nuestra alianza, “y vete, hija primogénita de la Iglesia, vete nación predestinada, vaso de elección, vete a llevar, como en el pasado, mi nombre ante todos los pueblos y los reyes de la tierra”.

Después de leídos semejantes conceptos, parécenos imposible, que haya nadie y menos tratándose de los católicos, que dude por un momento del porvenir glorioso de Francia. Porvenir glorioso, no tanto en el sentido material y corriente de la palabra, que de sobra tuvo ya Francia en su larga historia glorias civiles y militares, épocas de poderío y de esplendor, sino en el sentido cristiano y espiritual que es en el que es tria la verdadera grandeza de una nación amamantada desde su nacimiento en los pechos de la Iglesia. Y eso es lo que conforta en el día de la tribulación a los verdaderos hijos de Francia, y a todos sus hermanos en Cristo por la fe, saber que para bien de ella y para bien de todo el mundo, puede decirse, ahora está renaciendo ya la Francia cristiana la de Carlomagno, la de San Luis, la de Santa Genoveva y la de Juan de Arco.

Tenía un enemigo terrible que — sobre todo desde la Revolución — la tenía perturbada, corrompida y desorientada; la MASONERIA. Es cierto, que de vez en cuando, como que se libertaba de tan astuto opresor, pero para volver a caer bajo sus garras, e ir perdiendo, cada día más, su libertad. El mal que llegó hasta el extremo de descono-

cerse oficialmente a Dios, de suprimir toda enseñanza religiosa en las escuelas, de admitir el divorcio, parecía como un mal crónico absolutamente incurable.

Es cierto, que a pesar de todo, la llama de la fe no dejó nunca de brillar en el país de Juana de Arco, hasta en los momentos más aciagos, y, como nunca tal vez, florecer los santos, pero la masa de la población iba cada vez descristianizándose más minada últimamente, además, por ese monstruo moderno, que puso a otro gran país católico, a España a, dos dedos de su completa ruina y perdición: el COMUNISMO.

Francia, pues, oficialmente aun recientemente en que debido a la influencia del Cardenal Verdier, el gobierno del Frente Popular, mantenía buenas relaciones con la Iglesia, había dejado de ser cristiana.

“...Y en su obstinación se arruinaba a sí misma”. Si había de salvarse era preciso, de una vez por todas, destruir al enemigo. Y, su salvación — contra el parecer de la sabiduría humana de va a venir, le está viniendo, por juicios inescrutables de Dios, de otro enemigo suyo, de Alemania, que al vencerla en los campos de batalla, le va a liberrar directa o indirectamente de su enemigo interior, causa, lo repetimos, primordial de su derrota: la MASONERIA.

Por donde, una vez más, se realizará aquello de que la salvación nos ha venido de nuestros mismos enemigos, “salutem ex inimicis nostris”.

Editorial de “Criterio”

SIMPLICITY

EL PATRON MAS EXACTO

EL MAS ELEGANTE

LO ENCONTRARA USTED EN LA

TIENDA DE DON NARCISO

¿La Prensa...? ¡No es nada!

Por Pierre L'Ermite

Salí esta mañana... eran las siete
Los escaparates estaban aún cubiertos por sus cortinas de hierro... Algunas tiendas se abrían y algunos cuantos empleados medio dormidos aparecían en sus puertas. En las casas, la mayoría de las ventanas estaban cerradas, y en la calle desierta una barredora municipal arrastraba su fangoso cilindro al paso melancólico de un pobre rocinante.

Pero allá lejos, vi algo claro y animado, paquetes blancos y apilados... Era kiosco de los diarios.

Casi todos los transeuntes se paraban ante él, sacaban un diez y se marchaban leyendo a pesar del viento.. parándose... volviendo andar... tropezando unos con otros... los ojos clavados en el diario, bebiendo línea por línea las noticias del día.

¿La Prensa?... ¡no es nada!...

Después subí al tranvía. Vi que todo el mundo leía...

Empleados, obreros, jóvenes, muchachos, tenían el diario en la mano... el diario empapado aún en la humedad de las prensas y que traía la actualidad palpitante...

Leían sentados, leían de pie, leían amontonados unos sobre otros, empujados por las paradas bruscas y las arrancadas repentinas, pero leían, a pesar de todo...

Al volver las páginas, los viajeros se veían obligados a ejecutar una gimnasia rara; brazos levantados, codazos en plena cara del vecino... pero nadie quería escapar un minuto para saber lo que decía el diario.

¿La prensa?... ¡No es nada!...

Entré a una oficina de correos...

El público no era todavía numeroso, y a través de la ventanilla vi a un empleado dejar su bastón y su sombrero, sentarse, abrir su diario y decir a su compañero: ¿Has leído el admirable artículo de Fulano?... Es magnífico!... Toma, lee pronto... ya verás.

El otro se fué a un rincón para ocultarse a la clientela que espera, y allí sabo-

reó el artículo volviendo al poco rato con la cara entusiasmada...

¡Sobrebio!...

Y parte de la mañana, y a veces toda la mañana, se hablaba de lo que se había leído, se comentaba, se lo volvía y revolvía por todos lados...

¿La prensa?... ¡no es nada!...

A medio día volví a casa... Pasando por las calles del centro vi los restaurants llenos de empleados y empleadas de oficinas y tiendas... Era la hora de la salida de las modistas y costureras de los grandes almacenes.

Observé que muchos y muchas delante del cubierto, contra la copa, habían colocado su diario... ¡Y qué diario a veces!... Comiendo distraídamente el menú del día, devoraban con los ojos la novela apasionada o el suceso malsano, se comprendía por la intensidad de su atención que se asimilaban las ideas. Y el alimento moral estaba aún más falsificado que el otro...

¿La prensa?... ¡no es nada!...

Volví a salir a las tres... Por la tarde pedaleaban desgraciados ciclistas con las espaldas oprimidas por el peso de enormes paquetes de periódicos de la tarde.

Por las aceras corrían seres extraños, con la mirada vaga, la respiración fatigosa... corrían queriendo adelantarse los unos a los otros.

Cuando uno los paraba, cuando de las terrazas de los cafés se les llamaba, sacaban con ansiedad un periódico y al doblarlo arrancaban la moneda y seguían lanzando a todos los vientos con una voz destemplada el nombre truncado de un diario de la tarde.

¿La prensa?... ¡no es nada!...

Quise saber si esa fiebre del periódico era peculiar en París... Pero apenas llegué al tren, vi a las vendedoras de periódicos instalados como las diosas de la estación,

rodeadas, festejadas, señalando con un gesto el periódico que se les pedía...

Los carros de equipaje, cargados hasta arriba de paquetes amarrados y con los nombres de todas las estaciones de la línea. En esos paquetes había diarios... más diarios... ¡siempre diarios!...

Cuando subí a un carro de pasajeros aquello era lo mismo que el tranvía de la mañana... casi todos los viajeros tenían el diario de las cuatro... y al bajar lo dejaban en el asiento...

Entonces observé que varios obreros y empleados de la estación registrando los carros, tratando de encontrar un diario..... ¡varios diarios!... y se marchaban guardándolos en su bolsillo, alegrándose ante la idea de leerlos tranquilamente en su casa, en la mesa, y de comentarlos ante la mujer y los hijos....

¿La prensa?... ¡no es nada!...

Y en provincia, la ansiedad era la misma... entre los malos...

Senadores, diputados, consejeros, masones, se preocupaban primero y ante todo de su periódico, como un jinete de su caballo... como un chauffeur de su máquina.

Porque ellos saben muy bien que sin el periódico no serían nada.

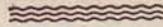
Y entonces, con anticipación para la próxima campaña acumulan fondos... se arreglan máquinas antiguas... se hacían inyecciones intensivas a las viejas mentiras, ya caducas y destinadas a morir después de la lucha, pero no sin haber hecho un daño terrible.

Se alquilaban redactores que destilaran picrato potásico o sublimado corrosivo... que supieran morder bien y pegar firme...

Y todo eso ante los ojos tranquilos de innumerables católicos indiferentes.

¿Por qué inquietarse?... ¡Si la cosa no tiene importancia!...

¿La prensa?... ¡no es nada!...



Las virtudes y la influencia de la esposa

Quién educa

La mayor parte de vosotras habéis encontrado un esposo cuyas convicciones, educación y sentimientos son análogos a los vuestros. Durante vuestro noviazgo, tal vez, os habéis mostrado exigentes, fijando condiciones desde el punto de vista religioso y moral.

Esta previsión de asuntos tan esenciales, es prenda de dicha. Y si vuestro marido es buen cristiano, cumple con su deber, y además está inscrito en alguna obra religiosa o social trabajará en ella con más entusiasmo si se siente sostenido por vosotras.

Os corresponde dar gracias a Dios, cada día, por haberos confiado el alma de vuestro compañero de vida. Tenéis que ser muy piadosas, puesto que habéis querido que la Santísima Virgen fuera vuestra madre con un título muy especial. Conservad vuestra piedad profunda a fin de nutrir la

de vuestro esposo, para que su fe no desfallezca en los peligros del mundo, a los cuales él está más expuesto que vosotras mismas. El os ama, pero ama también en vosotras vuestra fe y vuestras virtudes sobrenaturales. Si vuestra alma pierde su fervor, él os amará menos, no hay duda, no le causéis esta decepción. Por el contrario, procurad mejorar en vuestra alma la vida interior de que os hemos hablado antes, haced nacer en él la ambición de seguirnos en vuestra ascensión espiritual. El sacramento del matrimonio os ha dado a los dos una gracia especial con este fin: no la perdáis por vuestra culpa.

Y si por algún motivo os habéis unido a un indiferente (no queremos suponer que a un incrédulo), ha sido sin ninguna duda con la firme resolución de trabajar por su conversión. La tarea es noble pero muy difícil. Triunfaréis únicamente a fuerza de

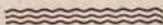
virtud. Con vuestras oraciones, vuestros sufrimientos, vuestros sacrificios, obtendréis esta gracia con la condición de que seáis siempre fieles y amantes. Y si en esta tarea os sentís descorazonadas, recordad el ejemplo de esa gran cristiana de Elizabeth Le-seur, cuyas plegarias fueron escuchadas únicamente y con qué plenitud cuando a todos los sacrificios unió el de su propia vida.

Quién sostiene

Si vuestro amor es casto, decidido, paciente y cordial como debe serlo, obtendrá el magnífico resultado de que lleguéis a ser al mismo tiempo que la esposa, la amiga, camarada, y colaboradora del marido. En el trabajo, que él asume por el bien de la familia, encuentra frecuentemente horas grises y pesadas; si os inclináis hacia él para participar de todas sus inquietudes, si le comprendéis en las penas, él pondrá en vosotros **toda su confianza**. Si estáis listas para sacrificaros con él por el bien de to-

dos, si él ve que vuestro sacrificio es tan grande como vuestro amor, se apoyará en vosotras, cosa extraña, el sexo fuerte buscará en vosotros su vigor. Que sea vuestra virtud luminosa, vuestra fe sonriente, llena de valiente optimismo, y cuando busquéis con él la solución de algún caso angustioso, que sus sombríos presentimientos sean iluminados por un rayo de esperanza. En la lucha por la vida le sostendréis, y tendréis la alegría, habiendo participado de su labor, de participar de sus éxitos. En vosotras no habrá solamente unión de vidas, sino comunión de pensamientos, esfuerzos y sentimientos.

Recompensa muy íntima que corresponde a vuestro deber de esposas, difícil y árduo. Se necesita tacto, juicio, decisión y antes que todo, fuerza cristiana que encuentra su razón en la confianza en la Divina Providencia: "Nuestro socorro está en el nombre del Señor".



La venganza de los frailes

Te voy a proporcionar, mi querido lector, un rato agradable de lectura, transcribiéndote una hoja, o volante, que se difundió mucho en España, después de los terribles boches de los incendios de iglesias y conventos. Su título era el mismo que acabamos de poner en esta Hoja, y decía así:

El que suscribe, señores, es un fraile conspirador... He tenido que intervenir, recientemente, en un gran mitin que hemos tenido, todos juntos, en la República de Andorra.

El objeto de la reunión era ver lo que los frailes y monjas habíamos de hacer en adelante. Hablaron todos: hablaron los Capuchinos, los Jesuítas, los Domínicos: hablaron las Hijas de la Caridad, las Tercianas, las Blancas, las Azules y las de todos los colores. Al fin pidieron mi parecer: Levantéme, tosí, saqué la poquísimas voz

que me ha quedado, y les dije sobre poco más o menos:

—Yo, hermanos y hermanas mías en Nuestro Señor Jesucristo, estoy harto, no de ser fraile, sino de hacer lo que hacemos los frailes. Los tiempos han cambiado y pienso que ya no debemos hacer los frailes lo que estamos haciendo. No nos damos cuenta de los cambios y adelantos de la época. (**Expectación, tosecillas y cuchicheos**).

Yo, hermanos míos, escapé de mi convento acosado por las llamas y por la chusma. Me hirieron en esta mano, que aún traigo vendada. Me insultaron, apedrearon, empujaron... Ya no quiero más. Todo lo he sufrido por Dios, pero pienso que ahora por Dios, debemos los frailes y monjas hacer otra cosa. (**Más expectación, más curiosidad, más toses**).

Por lo pronto dejemos el hábito, que nos vende.

Luego dejemos la Iglesia, que nos cuesta mucho, y hagamos unas regaladas y cómodas casas de campo, donde darnos buena vida. Comamos bien y durmamos delicadamente hasta las nueve o diez, en vez de levantarnos a media noche o de madrugada, a confesar, a rezar y decir misa.

¿Comulgar? Que comulguen con ruedas de molino. ¿Confesar? ¡En muy pesado! Que se vayan a confesar y contar cuentos a sus abuelos y que pidan consejos a los abogados de pobre. ¿Visitar enfermos? ¡Hombre! ¿Y por qué hemos de levantarnos a media noche a asistir tísicos y virulentos, tíficos y cancerosos, a oler perquerías y ver postemas, y oír impertinencias y enjugar lágrimas?... ¡Allá ellos! ¡o si no, los médicos!, que cobran bien.

En cuanto a la predicación, ved como pienso yo predicar en adelante. No pienso dar un buen consejo; a los jóvenes pienso decirles que se den todo cuanto puedan a la diversión, al amor, a la alegría... que no dejen de pasar sin gozar los impulsos de la juventud, que no desprecien las rosas y las flores de amor. A las jóvenes, que se dejen de remilgos y escrúpulos, que vayan sin recelo a los teatros y a los bailes y a los placeres. A las señoras y señores, que no crean en todo eso de la santidad del matrimonio, y den naturales expansiones al alma. A los obreros, que no sean bobos, que no hay cielo, y que no se dejen dominar por una pandilla de burgueses comilones, egoístas, codiciosos. A los capitalistas y burgueses, que traten a los proletarios como se merecen, a latigazos. Así pienso predicar. Yo no pienso aconsejar ya a nadie ni paciencia, ni caridad, ni caridad, ni castidad, ni pudor, ni nada... ¿Para qué? ¿Para crearme enemigos? Mirad como los que adulan a unos y a otros crecen y engordan.

Los colegios hay que cerrarlos. Ya sabéis que dan horrible que hacer y muy poca ganancia. El dinero y trabajo empleado en ellos, puesto en cualquier otra empresa, rendiría mucho más.

Y vosotros, religiosos y buenas monjitas, cerrad tantas escuelas que tenéis para

pobres. Hermanitas de los pobres, despedid a vuestros viejos y que los recojan sus hijos. Hijas de Caridad, cerrad las casacunas y los asilos, y abandonad los hospitales, que recojan ellos sus expósitos y alimenten sus chiquillos. Hermanas enfermeras, ¡ah! y que asistan ellos como quieran. Adoratrices, Oblatas, todas las recogéis y educáis con tanto cariño a las extraviadas, dad suelta a toda vuestra gente, y que se se vayan a las casas de perdición y pueblen las calles y plazas de perdidas. Monjitas y frailes que cuidáis de huérfanos, de escrofulosos, de leprosos, de incurables, de locos y desgraciados de todo género, dejadlos, cerrad vuestras casas y marcháos. Yo, por mi parte, y mis hermanos, no pensamos apoyaros, ni aconsejar a nadie que os siga, ni animaros en vuestro desaliento.

¿No veis que, a pesar del bien que les hacemos, dicen que somos unos parásitos, unos holgazanes, unos ignorantes, unos vampiros?... Pues que los que quieran consejo, consuelo, educación, buena muerte, limosna, asistencia en la desgracia, etc., etc., que vayan al Congreso o a las casas del pueblo. ¡Andad! y que los anticlericales consuelen y dirijan la conciencia hasta los ideales de su humanidad, que son los de revolcarse en todo slos vicios y desenfrenarse en todas las concupiscencias.

Vamos a pasar la vida lo mejor que podamos, comiendo un poco mejor, durmiendo un poco más, estudiando un poco menos, robando todo lo que podamos, por que ya nos han robado a nosotros más de lo que nosotros podemos robar, adulando, engañando, ganando.

Y, por supuesto, dejémonos de nuestra mansedumbre y paciencia. Duro a quien nos ataque y quiera quitarnos los privilegios que se nos deben. Nos ayudaremos mutuamente, como una de tantas sociedades políticas de socorros mutuos de las que hay en todos los partidos, y así seremos más respetados, y sí no más queridos, por lo menos, más temidos y más reverenciados.

¿Qué os parece?

Hubo un momento de vacilación. Yo

pensé que herviría la sangre de todos aquellos religiosos y religiosas, que tan perseguidos y maltratados habían sido en muchas partes.

Pero... me respondieron las Hermanitas, que ¡como iban ellas a desamparar a sus viejecitos! Las Hijas de la Caridad, que ¡pobres criaturitas de su asilo! Los Jesuitas, que ¡pobres almas las que se condenan! Los de San Juan de Dios, que ¡pobres de nuestros locos! Los de la Doctrina cristiana, que ¡pobres estudiantes! Los frailes todos, que ¡pobres de nuestros cristianos! Las Terciarias de San Francisco, que ¡pobres de nuestros leprosos! Y todos, en fin, que estaban deseando volver y que volverían, en efecto, a trabajar tanto y más que antes, y a hacer tantos y más beneficios que antes, a amar, y remediar, y consolar, y hacer morir bien a todos sus amigos... y enemigos.

¡Vaya!, me dije, no se puede con estos insensatos que tienen la locura de la cruz. ¡Oh, venganza religiosa!... ¡Bienaventurados los que padecen persecuciones por la justicia, porque de ellos es el reino... de los cielos!

Y, lo que es peor, en vez de convencerles, yó a ellos, ¡ellos me convencieron a mí!

¡Impíos! ¡anticlericales! yo, fraile, a pesar de lo que me odiáis, me vengo con vosotros... ¡amándoos de todo corazón!

R., S. J.

Ahí tienes querido lector lo que deberían hacer los frailes y monjas, si fuera gente mala, y si se ocuparan en sus ministerios con sólo fines materiales y de interés de dinero: mandar a paseo a sus enfermos, a sus viejos, a sus huermanitos, a los que sien-

ten necesidad de los consuelos de la Religión; y entregarse, ellos y ellas, a la buena vida, a las diversiones y a toda clase de placeres. Pero no lo hacen a pesar de perseguirlos por ser frailes y monjas, porque ellos obedecen a un llamado de Dios que les pidió se consagraran al servicio de los hermanos que sufren.

Si los curas, frailes y monjas, en vez de entregarse al servicio de Dios, y al bien del prójimo, dejaran su vida y hábitos religiosos, para dedicarse al negocio y enriquecerse, aunque fuera por medios fraudulentos y tramposos, y se entregaran a los vicios como tantos otros mortales, come-curas y extremistas; seguramente que no serían maltratados de palabra ni de obra por los malos.

La virtud siempre ha sido odiada por el vicio; la verdad siempre ha sido aborrecida por el error; la bondad siempre ha sido perseguida y maltratada por la maldad.

Pero la bondad y la virtud, siempre han vencido y vencerán. Hace 20 siglos que se viene persiguiendo a la Iglesia Católica y a sus curas y frailes y monjas; y la Iglesia Católica vive hoy con más fuerza que nunca; y los curas, frailes y monjas son respetados en todos los países de más alta civilización y progreso: en Estados Unidos, en Inglaterra, en Alemania, en Italia, en Bélgica, en Holanda, etc. etc.

Y en los países en que los persiguen, la venganza que toman contra sus perseguidores es: orar por ellos, y entregarse con más abnegación a ayudar a los pobres, a los que sufren, sabiendo que muchos de ellos los han de insultar y perseguir después... Esto, es lo que se llama "la locura de la Cruz". ¡Esta es la quinta esencia del espíritu de Jesucristo!

KICO

La imagen de Cristo

En el año 451, cuando los vendavales de la emigración de los pueblos sacudían el Occidente, fué leído en el Concilio de Calcedonia una encíclica del Papa León,

la cual, en medio de aquellas perturbaciones externas, obró como documento de firmeza y claridad, como un sumario de la fe cristiana. Dicha encíclica habla de Jesús, el

Dios-Hombre, y lo que en ella dice el gran Papa sobre la misteriosa naturaleza del Salvador, ha venido a ser en esta materia para los artistas de los siglos siguientes la base de su trabajo, esto es, certeza, sujeción y finalidad: "El que en lo suyo (lo divino) es invisible, fué visible en lo nuestro (lo humano); el incomprendible quiso ser comprendido; el que estaba sobre todos los tiempos, empezó a ser en el tiempo; el Señor de cielos y tierra, sin principio ni fin, encubrió su Majestad ilimitada y tomó carne humana; Dios, que no puede padecer, hízose hombre y se sujetó al sufrimiento, y El, el Inmortal, se sometió a las leyes de la muerte".

Como el arte es siempre limitado, le fué imposible compendiar en una sola obra todo lo que dijo León Magno. Vióse precisado, por lo tanto, a partir o de lo divino o de lo humano, y de ahí que se produjeran dos grupos principales de imágenes de Cristo: el que le representa como el Ser sublime, superior al tiempo, y el que le muestra como hermano de los hombres y en su exis-

tencia terrenal. En el primer grupo aparece la figura de Cristo solemne y rígida, con la mirada fascinadora y supraterránea, en actitud inmóvil y severa, y el vacío espacio del fondo es azul o dorado, siendo así símbolo de la inmortalidad del cielo. En el segundo grupo, la figura expresa la belleza o el sufrimiento: la mirada del Señor refleja su bondad o su amor al hombre o bien se halla atribulada por los tormentos de la muerte. Su actitud revela todas las sensaciones humanas, y el espacio o fondo suele ser la campiña, la casa, la ciudad, o sea la patria del artista. Mas para la representación de la imagen genuina de Cristo no basta que ésta interprete al hombre: ha de hacer presentir, no obstante el supremo realismo humano, el poder divino que en Cristo reside.

Del texto introducido del tomito "Imágenes de Cristo" por Heinrich Litzeler, formando parte de la serie de libritos "Arte y Vida" con muchos grabados policromos y negros, editado por Editorial Herder.

Aproveche

LAS FACILIDADES QUE EN SU

SECCION DE AHORROS

LE OFRECE EL

Banco de Costa Rica

NOVELA

—¿Cuándo te marchas de nuevo? — preguntó.

—No sé... Depende de cómo me encuentre... de ánimos.

Volvióse hacia mí, explicándome:

—Viajo mucho, hija mía. Tan pronto estoy en un sitio, como en otro... En el momento en que la tristeza me acomete, tomo el tren...

Por sus labios vagó una melancólica sonrisa.

—Quitemos el velo a la preciosa novia — murmuró.

Con mucho cuidado pusieron manos a la obra, extendiéndole después sobre el diván.

El Barón y mi esposo nos esperaban charlando animadamente.

—Hoy no se guardan etiquetas — advirtió la madrina sonriendo. — Somos todos de confianza y no podemos consentir que el joven matrimonio, se siente a la mesa tan separado... ¿No les parece?

—¡Desde luego — asintió Julia riendo.

Y ella misma ordenó al criado que cambiase los cubiertos, poniéndolos uno junto a otro.

Blanca de Santurce, me miraba con curiosidad, deseosa de preguntarme muchas cosas, por lo que aprovechó aquel momento para acercarse a mí.

—Te aseguro, Marión — dijo con sinceridad, al parecer — que esta boda que haces, me alegra infinito. No te ocultaré que he estado intranquila por ti y que más de una vez me pregunté, si no habría hecho mal en ...

—No te preocupes, Blanca. Eso está ya olvidado.

Hubiese jurado que me miraba agradecida; pero tal vez mi imaginación, no muy despierta en aquellos momentos, viese cosas que no existían.

—Por lo demás... creo que me he portado bien — añadió.

Enrojeció ligeramente.

—¡Oh, ya lo creo! No me he visto obligada a llamarle la atención. Si has trabajado como me figuro, nadie se ha enterado y ¡en fin!..., has sabido pescar un buen partido... No te ocultó, que me hubiese molestado que la hija adoptiva del conde de Santurce, contrajese matrimonio con un cualquiera... Dime, querida, ¿dónde le conociste? ¿Sabe la verdad de tu nacimiento?

—¡Naturalmente!

—Demuestra tener muy buen sentido cuando no hace objeciones, porque me figuro que no las habrá hecho, ¿verdad?

—En absoluto.

—Es interesante... Un romántico, ¿no? Me dieron ganas de reír; pero me contuve.

—En efecto: un sentimental — asentí ligeramente irónica.

—Pues te felicito. De esos quedan pocos... ¿Cómo no has invitado a tus antiguas amistades?

—Pchs... por el luto... — respondí vagamente. — Sin embargo, hemos mandado hacer tarjetas, que pienso enviarles.

—Muy bien..., muy bien... ¿Qué dirá Pablo, cuando reciba la noticia?

Me ruboricé y mire hacia el lado en que se hallaban los demás que, muy discretos, me dejaban hablar íntimamente con la que creían mi tía.

—No me preocupa... — respondí.

—Le dije, como a todo el mundo, que viajabas.

—¿Sí? — murmuré indiferente.

—Lo que no creí deber contar fué tu capricho de... renunciar a tu herencia... De ese modo, les fué más fácil creer lo de tus viajes, que sin dinero no hubieses podido efectuar... Les aseguré que me cediste el título porque...

—¿Por que?

—...porque eres un poco liberal..., un poco bolchevique, mejor dicho... Les hice

creer, que deseabas hacer una vida completamente distinta de la que hasta entonces llevaras...

—¡Me asombras, Blanca!

—Ahora, al conocer tu matrimonio, comprenderán que has variado de manera de pensar, puesto que tu marido es un noble inglés...

—¡Qué idea más absurda! — dije admirada.

—La única que encontré razonable.

Dick se acerca a nosotras, por lo que la conversación quedó cortada.

Reinó en la mesa la mayor animación. Corrieron los vinos y el champaña, y yo bebí todo cuanto me dieron y más que pedí. Me sentía tan nerviosa, que deseaba aturdirme, sin recordar que el alcohol, que muy de tarde en tarde se bebía en el palacio de Santurce, me subía en el acto a la cabeza.

Pronto comencé a notar los efectos. Sentía grandes deseos de reír y los rostros de mis amigos se me mostraban tras un velo opaco... mientras los reflejos de las copas de cristal de Bohemia, antojábanseme rayos de luna o espíritus burlones...

¿Notarían mi estado? Seguramente no... Creerían sin duda que mi animación era natural en una novia feliz... Pero la novia vivía en un mundo extraño. Tan pronto me parecía ver frente a mí a la fallecida condesa de Santurce, cuyos cabellos rodeados de fuego hacíanme abrir los ojos con estupefacción, como contemplaba a mi lado al hombre de las enormes gafas, vestido con su mono de mecánico... Más tarde, la cabeza reluciente del abogado Covisa, alzábase odiosa sobre los hombros de Blanca de Santurce, y el criado que nos servía no era otro que el marqués de Zurcal.

Me reí con una risa estridente, que hizo que los ojos de mi marido se posaran en mí... Un poco avergonzada, hice un gran esfuerzo que me volvió a la realidad.

—¡Qué guapa estás, Marión! — exclamó inclinándose sobre mi hombro.

—No deseó parecerlo — dije un poco picada por mi extraña alegría.

—¿A mí en particular, o también a los demás? — me preguntó burlón.

—A nadie...

Nuestros invitados eran discretos y no nos prestaban mucha atención cuando nos veían hablar. De lo contrario se hubiesen asombrado.

—¿No te sientes... feliz? — volvió a preguntarme con la voz velada por cierta emoción.

—¿Cómo no? He conseguido lo que deseaba: un nombre, un hogar y... todo este lujo al que, muy equivocada por cierto, creí siempre tener derecho. Supongo que...

—¿Qué supones?

—Que también lord Ricardo Fourbridges, mejor dicho, el caballero extranjero y no viudo, se encontraba satisfecho.

El champaña hacía me sentirme burlona. Pero, naturalmente, el carácter alegre e irónico del inglés, no podía darse por vencido. Rió con su acostumbrada mueca y me respondió:

—Satisfechísimo. Ha sido un gran negocio.. Aquel anuncio del periódico, me sirvió de providencia... para obtener lo que precisamente deseaba...

No le respondí, poniendo toda mi atención en saborear un delicioso melocotón Melba.

—¿Más champaña, querida? — me preguntó mi esposo.

—No, gracias..., ni un dedo más.

Y no volví a beber, pues comprendía que por aquel camino hubiese llegado a no darme cuenta de lo que me rodeaba.

Hubo movimiento de sillas. Los dos caballeros pasaron a la biblioteca a fumar un cigarrillo, mientras las señoras rodeaban a la novia... que debió decir bastantes necedades.

Poco después, Blanca de Santurce me daba dos besos semejantes a picotazos y se retiraba con el Barón, y mis ex compañeras de pensión, abrazábanme cariñosas, marchándose a su vez... Quedó Luisa con nosotros en el hall un ratito más; pero al fin se puso de pie.

—Es tarde, querido mío, y os dejo —
murmuró.

Me besó con ternura.

—Te deseo, hija mía, toda la dicha del mundo — díjome conmovida.

—Gracias, señora...

Volvióse hacia mi marido y le abrazó también.

—Dick...

No añadió más; pero yo comprendí que en aquel solo nombre, había puesto todo el cariño de su corazón de amiga fiel y antigua.

El joven la devolvió conmovido el brazo, acompañándola hasta la puerta. Volvióse después al criado que había escuchado impertérrito las despedidas.

—Hasta mañana, Inigo. No te necesito.

—Adiós, zeñó... Dezeo a los zeñore...

—Bien — le interrumpió Ricardo, haciendo con la mano una señal de despedida.

Apresuróse el criado a desaparecer, y yo me quedé sola con el desconocido del teléfono, que era ya mi marido.

Me sentía confusa como jamás lo estuviera en mis veintitrés años de vida, y permanecí de pie, con una mano apoyada sobre la mesita del teléfono y los ojos finos en una artística petunia artificial colocada en un folrero. Y como el joven me contemplaba en silencio sin decir nada, decidí hablar yo.

—¿Estabas... aquí... cuando... te llamé? — inquirí.

—¿Dónde? ¿Cómo? ¿Qué decías? — me preguntó como saliendo de un sueño.

E hice la pregunta que menos debió ocurrírseme.

—¿En qué piensas, Dick?

Brilló en sus ojos la conocida lucecita.

—En ti... — murmuró suavemente.

Me ruboricé; pero me puse muy tiesa.

—Supongo que no...

—¿Qué supones? — inquirió riendo.

—Nada — afirmé. — Yo también pensaba.

—¿En mí?

—En el caballero inglés que puso un

anuncio en el periódico... en el hombre poco sentimental que prometió no enamorarse de mí...

Se me acercó sonriendo.

—¿Lo sientes? — preguntó mirándome a los ojos.

—Te pregunté hace un instante — dije enrojeciéndome y sin responderle — si cuando te llamé por teléfono, creyéndote viudo, me contestaste desde este mismo sitio.

—Sí; en efecto. Charlaba con Luisa cuando sonó el timbre y cogí el aparato.

—Entonces... Luisa... ¿está enterada de que yo soy la arrevida muchacha que se puso al habla con un desconocido?

—No. Le he contado únicamente tú... desgracia. Se trata de una mujer muy buena, que también ha sufrido y sufre intensamente... Para ella no tengo secretos y deseé que conociese a mi esposa lo mismo que yo...

—¡Cualquiera diría que tú me conoces a la perfección!

—Mejor de lo que crees.

—¿De veras? Pues no tengo el menor interés en ser tan bien conocida — dije molesta.

—Entre marido y mujer no deben existir secretos...

—Pero como tú y yo, somos un matrimonio diferente a los demás, los tenemos.

—En efecto; ni tú me has dicho por qué te opones a ser amada...

—Porque no pienso enamorarme nunca...

—...ni el motivo de que no puedas enamorarte. Como tampoco te he dicho yo, por qué soy el caballero extranjero y no viudo, cuyos niños tanto pensabas amar... Me conmovió aquello...

—No hablemos de eso, Dick; te lo ruego... Decíamos que entre nosotros hay secretos...

—Por mi parte, no los habrá desde este momento, Marión. No quiero por más tiempo seguir engañándote...

Se había acercado tanto, que sólo tuvo que hacer un movimiento insignificante para cogermé entre sus brazos.

—¡Oh, Dick! ¡No seas...!

El resto de lo que pensaba decir, fué ahogado por los labios de mi marido que en largo beso, posáronse en los míos.

Me desasí roja de vergüenza y di un paso atrás, cayendo en uno de los sillones de cuero. Dick se arrodilló a mis pies y apoderándose de mis manos, cubriólas también de besos.

—Eres la más deliciosa mujer con que jemás hubiese podido soñar — murmuró, pretendiendo besarme de nuevo en la boca.

De un salto y me puse en pie, alejándome rápida hacia el extremo opuesto del hall.

—¡No..., no puedo...! ¡No puedo Dick! — exclamé angustiada.

Vino hacia mí; pero extendí las manos, rechazándole.

—No seas tontita, Marión. Te...

—¡No me digas nada! Déjame... ¡No puedo! — Repetí cubriéndome el rostro, rojo de rubor, con ambas manos. — ¡No puedo soportar que me beses!

Con gran ternura separó mis manos de mi rostro.

—¡Mujercita mía! — exclamó mirándome emocionado.

Pretendí escaparme, esconderme en el último rincón; pero no me dejó.

—Yo te ruego, Dick... yo te ruego... — imploré. — ¡Es superior a mis fuerzas!... ¡Creí que puesto que otras lo hacen, también podría yo casarme sin amor!.. ¡Y no no puedo!... ¡Yo no te amo, Dick!..! Déjame!

Noté que palidecía y que sus manos se aflojaban, por lo cual volví a suplicar.

—¡Déjame, Dick! Tú eres bueno... y no te enfadarás...; pero estoy arrepentida de haberme casado...

Como de nuevo hacía un movimiento hacia mí, exclamé.

—¡No vuelvas a tocarme! ¡No quiero!

Me soltó y yo miré con desesperación a mi alrededor. Hubiese deseado que la tierra se abriese y de buena gana, habría-me escondido en el arcón de roble.

—¿Tanto... te repugno, Marión?

Su voz era ronca..., no parecía pertenecer a aquel muchacho alegre y animado, que yo conocía, lo cual sirvió para asustarme más. Debí ponerme lívida, porque Ricardo dió un paso hacia mí, creyendo que me caía al suelo.

—¿Te encuentras mal? — me preguntó.

—Sí... muy mal... sufro... ¡Quisiera morir!

Me dejé caer en el sillón, sollozando convulsivamente, como si todas las lágrimas que durante tantos meses no pude verter, desearan salir en aquel instante. Noté que la mano de mi esposo acariciaba mis cabellos; pero me sentía tan desesperada, que no me molesté en rechazarle.

—¡No llores, Marión! ¡No puedo soportarlo!

Reinó un largo silencio. Cuando levanté la cabeza, Dick estaba de pie a mi lado y contemplaba con fijeza el **parquet** de la estancia.

—¡Dick...!

Continuó impasible.

—¡Dick...! — repetí. — ¡Lo siento!... ¡Yo no quería casarme contigo!... ¡Fuiste tú el que se empeñó!

—Tienes razón — murmuró con la voz vacía. — Pero no creía sufrir esta gran equivocación, ni esperaba repugnarte de tal modo...

—¡No me repugnas, Dick!... ¡No es eso! Comprendo que otra mujer estaría loca por ti... Pero yo... No es que no tenga corazón, sino que cuando me decidí a casarme contigo lo hice por...

—¿Por qué? Deseo saberlo.

—...porque estaba enamorada de otro.

Hizo un movimiento tan brusco, que estuvo a tiempo de tirar la mesita en que se apoyaba.

—...estaba enamorada de otro, que a causa de mi oscuro nacimiento... había roto nuestras relaciones...

De nuevo reinó el silencio. Sentí tal angustia que no pude soportarle.

—¡Di algo, Ricardo!

Vi que estaba irrida y que apretaba con fuerza los puños.

—¿Qué puedo decirte? — murmuró contemplándome con fijeza y con voz sorda. — Has jugado conmigo...

—No es cierto... Nunca he pretendido tal cosa... Además, no creo que tengas derecho a enfadarte. Nuestro matrimonio... ha sido diferente a todos... No podrás sentir celos.

Rió con risa desagradable y sarcástica, sin dejar de mirarme. Retrocedí un paso.

—¡Es gracioso! — exclamó sardónico. Tu marido, tu dueño, no tiene derecho a enfadarse porque amas a otro. ¡Hemos hecho una gran boda, Marión!

—¡Lo siento, Dick!

—¡Yo no! — afirmó con el mismo tono brusco, que yo desconocía en él.

Precipitóse hacia mí y estrechándome entre sus brazos como un instante antes, cubrió mi rostro, mis ojos y mis cabellos de besos apasionados. Luché con todas mis fuerzas al principio. Luego permanecí rígida, sin fuerzas para rechazarle.

—¡Dick! — supliqué.

Me soltó y mi palidez debió asustarle.

—¡Marión! — exclamó poniéndose blanco.

—Eres... un cobarde... ¡Llegaré a odiarte! — balbucí con la voz ahogada.

Apoyándome en la pared, cerré los ojos, poseída de una angustia, que iba convirtiéndose en terror. Cuando nuevamente miré a mi alrededor, Ricardo no estaba.

—¡Dick! — llamé en voz muy baja, mientras mi corazón latía violentamente.

No me respondió y llamé de nuevo, un poco más fuerte.

—¡Dick!

El mismo silencio, obtuve por respuesta. ¿Le sucedería algo? Atemorizada permanecí quieta, sin osar moverme, hasta que un ruido de pasos, hizome estremecer.

—¿Llamaba, milady?

Asunción, la doncella que para aquella noche, había puesto a mi disposición mi madrina de boda, apareció en la entrada del corredor.

—Sí... en efecto... ¿Puede usted decirme por dónde se va a mi alcoba?

Sonrió la muchacha, buscando con la mirada por todos los rincones del hall a mi marido.

—El señor ha ido a la biblioteca a dejar... a dejar la pipa, sin recordar que yo no sé andar por la casa — expliqué.

—Está bien, milady. Si milady quiere molestarse en seguirme, yo la guiaré.

La seguí desde luego con mil amores, y cuando me hubo desnudado, ayudándome a ponerme el maravilloso camión de novia, de raso y encaje, estuve a punto de rogarle que se tumbase en el diván y me hiciese compañía... Naturalmente, nada le dije y me contenté con que me acostase, dejándome bien tapada.

—¿Desea milady que apague la luz? — me preguntó.

—No... gracias... La apagaré más tarde... Puede usted retirarse...

—Buenas noches, milady.

Hizo una genuflexión, retirándose rápida.

Me faltó tiempo para ponerme de pie. Quería ver lo que me rodeaba, y cubriéndome con el quimono bordado con grandes rosas plateadas, que la doncella dejara junto al lecho, miré en torno mío.

No se oía el menor ruido, exceptuando los pasos ya lejanos de Asunción. La puerta gris que conducía al aposento de Ricardo estaba cerrada. Me aproximé de puntillas y escuché...

Sí: estaba allí. Oía perfectamente su respiración alterada. Me figuré que estaría furioso conmigo, quizás dolido, tal vez apenado... Contemplé los molduras de la puerta, muy artísticas, de buen gusto y antes de alejarme tan silenciosamente como había ido, corrí el diminuto cerrojo.

Tratando de dominar los fuertes latidos de mi corazón, me cercioré de que las otras dos puertas sólo conducían a mi cuarto de baño y al pasillo, y me deslicé de nuevo entre las sábanas. Tenía sueño, a causa del champaña, no quería pensar y cerré los ojos. Sin embargo, no conseguía dormir.

Parecíame oír a cada momento el ruido de las puertas al ser abiertas, o pasos en la alcoba, y escuchaba angustiada, respirando entrecortadamente.

Todos los sucesos del día, bailoteaban en mi cerebro atontado por el alcohol y hubiese deseado poder huir de aquella lujosa casa... y de mí misma.

Al amanecer, rindióme el cansancio y era ya muy avanzado el día cuando me desperté. Los rayos del sol penetraban a través de las cortinas de encaje de los balcones que, como en muchas casas modernas, carecían de maderas y miré con extrañeza cuanto me rodeaba. ¿Dónde estaba? Aquélla no era ninguna estancia de la pensión, ni mi alcoba crema de soltera. Me incorporé en el lecho, bostecé y eché para atrás con la mano los rizos revueltos que me caían sobre la frente.

Recordaba. La estancia no era otra que mi alcoba nupcial. Miré a mi alrededor con ojos asombrados y los fijé en el timbre. Lo mejor que podía hacer era llamar a mi doncella para que me ayudase a vestirme.

Acudió Asunción presurosa, dando unos golpecitos suaves en la puerta. Recordando que la noche anterior había corrido todos los cerrojos, me vi obligada a levantarme y abrir.

—Buenos días, milady. Deseo que Milady haya descansado — díjome la joven, muy sonrosada bajo su cofia crema.

—Muchas gracias.

—Encargó el señor antes de marcharse que no la despertásemos.

—¿Se... ha ido? — pregunté tratando de disimular mi susto.

(¿Qué haría yo? ¿Cómo explicaría a todos el abandono de mi marido?)

—Encargó a Ignacio mientras servíamos el desayuno, que fuese a la Central por los billetes.

—¿Qué billetes?

—Los del tren, señora...

—¡Claro! ¡Es verdad! — dije riendo confusa y preguntándome que para qué los sacaría en aquella época con algunos días de anticipación.

—Luego pensó el señor que lo haría me-

jor en persona y con mayor rapidez.

—¿Y ha sido a comprarlos?

—Eso creo, milady.

—Está bien. Prepáreme el baño.

—Ya lo tiene, milady.

Un rato después, vestida con un traje blanco, regalo de mi esposo, me encontraba en el comedor desayunando... sola. Ignacio y Asunción servíanme solícitos, sin demostrar la menor extrañeza, aunque en su interior se admirasen un poco de aquella soledad mía.

Mordisqueaba distraída un bizcocho y no me di cuenta de que el criado desaparecía, para volver al cabo, siguiendo a Ricardo.

—Buenos días, querida mía — saludó el joven alegremente.

—Hola; buenos días, Dick — respondí enrojeciendo.

—Te he comprado estas violetas. Supongo que te agradarán.

—¡Ya lo creo! ¡Eres muy amable!... ¿Quiere alcanzarme ese florero, Asunción?

Mientras colocaba las flores, de pie ante la mesa, mi marido sacó los billetes.

—Nos vamos esta noche — dijo con un tono que no admitía réplica.

—Encantada.

Me sentía nerviosa, confusa y asombrada. El joven que tenía delante, tan animado, si bien algo pálido, ¿era el mismo que la noche anterior me contemplaba con los ojos preñados de amenazas? ¡No lograría nunca entenderle! ¿Estaba enfadado? No. ¿Dolido? Tampoco lo parecía. ¿Apenado? Menos aún. ¿Esperaba acaso que los criados se ausentasen para desahogar su ira? De ningún modo porque cuando los jóvenes se retiraron, no varió de táctica.

—Espero, querida mía, que estarás contenta en Inglaterra. Entusiasmarás a mis primos.

—Así lo deseo.

—Te veo muy razonable.

Le miré con ojos ligeramente hostiles, sintiéndome enfadada, sin saber por qué.

—Yo a ti también — afirmé.

—¿No es lo mejor? ¿A qué preocupas-

se por lo que no se puede evitar? — dijo con volubilidad.

Me pregunté si no habría soñado la víspera, cuando creí que aquel hombre me había estrechado entre sus brazos, besándome apasionado. El Dick que por la mañana tenía ante mí, era el joven burlón de siempre, tan distinto del otro... ¡Desde luego soñé! El champaña habíase subido a la cabeza y yo creí ver lo que sólo existió en mi imaginación. Latió con fuerza mi corazón, cosa que yo atribuí a la alegría.

—¡Oh, Dick! ¡Qué bien! — exclamé sonriendo.

—¿El qué está bien? — inquirió asombrado.

—He estado equivocada. Eres un buen muchacho.

—Muchas gracias — respondió secamente.

Me senté ante la mesa y di cuenta del resto del desayuno, mientras mi marido se aproximaba al balcón y contemplaba distraídamente la calle, volviéndome la espalda.

—Háblame de tus primas — dije amistosamente.

—¿Qué puedo contarte?

—¿Cómo son... si te parecen simpáticas y bonitas..., si sienten como yo, pasión por los deportes..., si seremos grandes amigas...

Acercóse a mí, tomando asiento junto a la mesa.

—Vamos por partes — empezó sonriendo. — Son rubias...

—¿Como yo?

—Más. Tu pelo es de color oro viejo... o bronce, mientras que el de mis primas tiene el de las espigas maduras

—¡Qué bonita descripción, Dick! — exclamé burlona, deseando zaherirlo, sin comprender el motivo.

—Celebro que te guste — respondió imperturbable.

—¿Y qué más? ¿Qué figura tienen?

—Una es muy alta: como tú. La otra, menudita.

—¿Son hermanas? Hasta ahora hemos

hablado muy poco, por no decir nada, de ellas.

—Porque cuando vengo a España, deseo olvidar muchas cosas de allí — dijo con un acento extraño.

(¿Se refería tal vez al motivo que le obligara a poner el anuncio?)

—Son primas — prosiguió en un tono natural. — Fay, es hija de mi tío Roberto, lo mismo que Lionel. En cuanto al carácter de ambas, tú podrás juzgarle mejor que yo.

—Ya sé, querido, que una de ellas está loca por ti — dije deseando reírme a su costa.

Al hablarme de que "deseaba olvidar muchas cosas de allí", habíase aproximado nuevamente al balcón; pero al terminar y o de pronunciar las últimas palabras, volvióse rápido y noté que se hallaba enormemente confuso.

—¿Quién se ha atrevido a contártelo? — preguntóme enfadado.

Le miré asombrada. El mismo se había descubierto. Una de sus primas le amaba.

—Tú mismo, Ricardo — le respondí tranquila. — ¿No me dijiste que el marqués de Fourbridges, tu padre, deseaba casaros?

—¿Te refieres a...?

Su rostro se aclaró y añadió sonriendo:

—Sabes muy bien que ni ella ni yo hubiésemos podido soportarnos y que a los dos nos une solamente, un gran cariño fraternal... Has querido bromear, ¿no?

Le respondí que mi intención no había sido otra. Pero al mismo tiempo sentía una ligera angustia, presintiendo que en la mansión inglesa, me esperaba una enemiga.

CAPITULO VI

La mansión de los Fourbridges, databa del tiempo de los Tudor y era una magnífica construcción situada en el centro de un espléndido parque, por el que corrían lindos animalejos, que contemplé entusiasmada desde el coche, cuando nos dirigíamos a la puerta del Castillo.

Habíamos avisado nuestra llegada con

un radiograma puesto en Boulogne horas antes de embarcar y que seguramente no haría mucho que llegara a su destino.

En el enorme hall, donde penetré del brazo de mi marido, nos esperaban, además de tres o cuatro criados de tipo incondicionalmente inglés, tres personas que supuse serían mis primos. Destacóse de ellas una muchacha de estatura mediana, muy delgada, con los cabellos muy cortos y de un rubio radiante. Sus mejillas, blancas como la leche, mostraban al reír dos deliciosos hoyuelos y sus ojos de color violeta rodeados de pestañas claras, miraban saltarines.

—Esta muchacha es mi primita. ¿No es cierto, Dick — preguntó en inglés con voz mimosa.

Y acercándose a mí, besóme con efusión en ambas mejillas.

—Es mi mujer, en efecto.

—Pues yo, soy Fay — díjome la chiquilla, a la cual no supuse más de dieciocho años.

Cogiéndome del brazo, me condujo al encuentro de su hermano y de Evie, que atravesaban despacio el hall, lujosamente amueblado a estilo inglés antiguo y cuyas paredes adornaban panoplias y cabezas disecadas de ciervos.

Evie era una muchacha muy alta, y admirablemente formada. Sus cabellos, del color de los de Fay, peinábanse formando un nudo sobre la nuca y graciosas ondulaciones, y sus ojos enormes y grises, muy semejantes a los de Ricardo, me parecieron inexpresivos y de mirada lejana. Vestía de negro y daba el brazo a un joven algo más alto que ella, de cabellos también rubios, que con la mano libre se apoyaba a un fuerte bastón, falto de agilidad para caminar.

Llegué hasta ellos, sin que Fay hubiese soltado mis dedos y al mismo tiempo que Dick.

Esperaba la mirada hostil de Evie, pues había adivinado que aquella era la mujer enamorada de mi marido. Fijé mis ojos en

los suyos, que me contemplaron indiferentes, desde muy lejos.

—Bienvenida, Marión — murmuró tendiéndome la mano.

Su voz era deliciosa, llena y dulce, lo cual me dió rabia.

—Muchas gracias, Evie — la respondí, volviéndome hacia Lionel, que me sonreía cariñosamente.

—¿Habéis tenido buena travesía? — me preguntó.

—Magnífica — murmuré.

—El mar parecía un espejo — afirmó Ricardo.

Volvióse hacia la más alta de las muchachas e inquirió:

—¿Cómo te encuentras, Evie?

En la boca pequeña de la joven, dibujóse una pequeña sonrisa.

—Como siempre, Dick.

Estrechó mi marido su mano, y yo sentí que me enfurecía ante aquella falta de disimulo. Si se amaban, no me parecía lo más indicado que me lo demostrasen.

—Te acaparo — me dijo Fay riendo. — Deseo mostrarte tus habitaciones y con estos vejstorios no podremos contar.

Volvióse hacia Dick y dándole un suave golpecito en una mejilla, añadió:

—No te la devolveré hasta dentro de un gran rato. Por lo tanto, no debes hacerte ilusiones.

Seguí sonriendo a la muchacha, a través de una monumental escalera de roble que conducía a los pisos superiores.

—El viejo, marchó a Londres esta mañana, a casa de sus abogados, con los cuales tiene entre sus manos, no sé qué asunto. Como recibimos vuestro radio hará cosa de una hora, ignora vuestra llegada.

Habíase cogido nuevamente de mi brazo y casi me arrastraba, haciéndome recorrer varias estancias amplias y de un lujo sobrio, que me recordaban algo a las del palacio de Santurce.

(Continuará).

Antes de casarse

Apreciable lectora me pregunta por qué muchos matrimonios que comienzan bajo los auspicios más risueños acaban por derrumbarse, y resultan en desdicha para mujeres y maridos. La mejor respuesta podría darse con dos palabras: por egoísmo.

Cuando un matrimonio fracasa se habla vagamente de incompatibilidad de caracteres y temperamento, pero en el fondo de todo está solamente el egoísmo. A él se pueden atribuir todas las causas de divorcio ya que comienza por matar el amor y alejar a marido y mujer, hasta hacerlos completamente extraños.

Por principio de cuentas, el egoísmo impide que el marido y la mujer se quieran como pudieran y debieran quererse.

La única pasión genuina que experimentan muchas, es su propio bienestar y contento. En los días que preceden al matrimonio y en que los futuros esposos creen que se adoran y que morirían si algo pasara a uno de ellos, no piensa cada uno más que en términos de una propiedad que les proporcionará satisfacción y felicidad.

El hombre quiere a la esposa porque es bonita, joven y atractiva, y porque ella lo elogia, lo enaltece, lo admira, lo hace pensar que es un semidiós. La mujer quiere al esposo porque él halaga su vanidad le obsequia, le proporciona ese alimento de romanticismo necesario a la vida de las mujeres y a veces, en la mayoría de los casos, le for-

man un trono, un altar, le llama mi diosa. Ambos llaman a ese conjunto de sentimientos AMOR. Sin embargo, puesto al crisol, resulta elemento tan poco sólido, que se evapora a la lumbre del egoísmo que forzosamente aparece siempre a la vida en común.

Cuando la mujer pierde su belleza, juventud y alegría ya no puede agradar al marido, él se cansa de ella. De la misma manera, en cuanto un marido deja de proporcionar lujo, diversiones a la mujer, ésta se vuelve indiferente con él.

El desengaño, la desilusión de que tanto se oye hablar a maridos y esposas, no es más que la tristeza de no haber conseguido en el matrimonio todo lo que su egoísmo soñó y buscó. Hombres y mujeres se sorprenden de que aquellos con quienes se casaron se interesan primeramente por su propia felicidad que por la del otro.

El egoísmo es el peor de los cimientos sobre el que se puede fundar un hogar. Por esto hay tantas ruinas de hogares al cabo de unos cuantos años de matrimonio; porque el egoísmo no puede resistir la tensión de la vida en que el hilo, para no romperse, requiere la constante indulgencia para las faltas del otro, el trabajo y sacrificio de las propias inclinaciones. Desgraciadamente, la mayor parte de las parejas van al matrimonio con más esperanzas de recibir que de proporcionar la felicidad.

La Noche de Navidad

¡Cuántos recuerdos y alegrías encierra para el cristiano aquella noche memorable, que fué espléndida para la humanidad, porque sobre las pajas de un pesebre brilló el astro de la verdad, y los angélicos heraldos anunciaron la paz a los hombres de buena voluntad!

El Libertador del mundo levanta su trono en un pesebre para darnos ejemplo

de humildad, y nace pobre y sin abrigo como si quisiese demostrar a los hombres y a las sociedades, redimidas y regeneradas por El, que la civilización que brota de su doctrina como magnífico raudal, ha de tener como caracteres indelebles, no la independencia racionalista, sino la sumisión y obediencia, y ha de colocar las enseñanzas que brillan en el portal de Belén, sobre la ri-

queza, orgullo y sensualidad, y los progresos morales sobre los materiales, uniendo con el abrazo de la caridad a los débiles con los poderosos.

En el portal de Belén comienza aquella frontera que termina en el Calvario y que separa perpetuamente dos mundos: el mundo que se engrandece y progresa a la sombra de la Cruz porque es libre al amparo de su ley, y el que esclaviza al hombre con la cadena de naturalismo y ahoga la sublime tendencia de su naturaleza a la posesión del bien infinito, encerrándola en el estrecho círculo de la vida presente y mostrándole como único porvenir este valle de lágrimas, convertido en tenebrosa morada cuando no la iluminan los eternos resplandores.

Sobre Belén y el Calvario se levanta el arco triunfal de la civilización cristiana rematado por la Cruz. El apetito rebelde, que no sufre la ley del deber, y las debilidades y errores de la razón, que tratan de cohonestar sus desórdenes, han hecho que muchos hombres, repitiendo el perpetuo *now serviam* de Luzbel, hayan dicho como la muchedumbre deicida: "No queremos que el Cristo reine sobre nosotros".

Y creen progresar cuando, vueltas las espaldas a la cueva de Belén y a la

Cruz, retroceden hacia el paganismo vencido por la cátedra de Belén y la virtud divina de la Cruz. Este retroceso, disfrazado con el nombre de progreso, es la mayor aberración que se ha visto en el mundo. La noche de Navidad es para las víctimas del error moderno, algo así como un recuerdo ridículo; para el católico es el más grande y sublime de los recuerdos, porque señala la fecha en la que, cumpliéndose las profecías, apareció el Hijo de Dios en la tierra para rescatar al humano linaje de la servidumbre del pecado y otorgarle la inmortal libertad del deber, que es la cifra y compendio de todas las libertades.

¡Paz, paz!, clama en la actualidad el mundo desde todos los confines de la tierra mientras se halla agitado y convulso por los sacudimientos de una guerra ya existente y por los negros nubarrones que se ciernen sobre Europa, precursores de terrorífica tempestad que la conmueve hasta en sus cimientos. Pero esa paz no puede existir mientras los pueblos y naciones no rindan vasallaje a este Divino Rey que vino a salvar a este mundo que se desploma bajo el peso de la corrupción y del sensualismo, y sean sus santas leyes la norma de su conducta.

Fidelidad

Necesidad, excelencia y provecho de la fidelidad

La fidelidad es una de las más preciadas virtudes que resplandecieron en los hombres verdaderamente grandes, virtud delicada y finísima que sólo tiene asiento en las almas nobles, virtud que forja santos en todos los estados de la vida, mártires, confesores y vírgenes, virtud que ofrece resistencia inquebrantable a todos los peligros y a todos los enemigos.

Es virtud imprescindible en la sociedad, para que esta se mantenga a buena altura y es como la divisa del cristiano.

Sin fidelidad se desmoronan las naciones, derrúmbase el hogar, se arruina la Religión.

Sin fidelidad, el amigo es un impostor, el esposo un tráfuga, el sacerdote un hipócrita.

Sin fidelidad tiembla el trono, tambalean los poderes públicos, se entremece el capitalista, son inútiles las fortalezas, el patriotismo es una mueca.

Sin fidelidad la mujer queda rebajada a la condición de esclava, el hijo es un estorbo, los fámulos están pendientes del capricho del amo.

Sin fidelidad no subsiste el orden y queda desterrado el respeto.

En todas las clases, en todos los gremios, en todas las colectividades, en todas las instituciones, en todos los proyectos y empresas, en todos los trabajos, en todos los esfuerzos, la fidelidad es el alma, es la vida.

Consecuencias de la infidelidad

Por el quebranto que sufrió esta virtud, entró el pecado en el mundo, y desde entonces, está cubierta la tierra de ignominia y desolación.

Por ser abominable la infidelidad, Dios la castigó en el profeta Jonás y la censuró fuertemente en los obispos de Efeso, Pérgamo, Tiatira, Sardis, y Laodicea, según leemos en el Apocalipsis.

Dios es fiel y quiere que seamos fieles a nuestro deber

Dios es fiel y sin sombra de iniquidad, íntegro y justo (Deut XXXII, 4); fiel en todas sus promesas y santo en todas sus obras (Salmo 144, v. 13), pero quiere que sus servidores lo sean también. Para curarlos de nuevas deserciones, de temores, de pequeñeces y de necias aspiraciones temporales, a que tan propensos eran los apóstoles, Jesucristo hizo descender sobre ellos el Divino Espíritu para transformarlos en los hombres que se mantuvieron fieles frente al tirano y al verdugo.

Es pues, gratísima a los ojos de Dios la gran virtud de la fidelidad, pero está reclusa, en los míseros tiempos que vivimos, en los corazones cristianos que confiesan a Cristo.

¡Qué gigantesca es la figura del sacerdote que no tuerce la línea de sus obligaciones ni presionado por el oro, ni halagado por la adulación, ni amedrentado por la amenaza, ni atraído por la seducción, ni estimulado por los honores!

¡Cuán excelente es el católico que no se esconde para recibir los santos sacramentos de la confesión y comunión, que apare-

ce serenamente en todas las manifestaciones de fe, que se gloria del título de cristiano en los corrillos de amigos mundanos, en que se escarnece y vilipendia ignominiosamente todo deber y toda forma del culto, confundiéndolas maliciosamente con las corruptelas e ignorancias de los maleados, mezclándolas hábilmente con las paradojas que se encuentran en la conducta de los supersticiosos!

¡Qué patriota tan legítimo es el representante dentro del seno del Congreso Constitucional que fiel a su conciencia, defiende los buenos derechos de sus representados, de la nación y se opone decididamente a legislar con arreglo a los sagrados intereses erogaciones que no están ajustadas a la moral administrativa!

¡Qué grande es una autoridad, más grande cuanto más encumbrado está) si sujeta todos sus actos al espíritu de la ley, favorezcan o no a sus allegados, hostilicen o no a sus opositores, aprovechen o no a su bolsillo!

¡Qué honorable es el consorte que guarda el solemne juramento prestado al pie de los altares, en presencia y en ausencia de su compañero; que no permite que se le haga la menor proposición indigna, que sacrifica cualquiera amistad o relación, antes que manchar la santidad del vínculo matrimonial!

¡Qué bellas y distinguidas son las señoritas, ciudadanas o campesinas, ricas o pobres, bonitas o feas, que conservan fresco en su alma el candor de la santa pureza!

¡Merecedores de loa son los compañeros, los amigos, los hermanos, que no hablan mal del presente, pero que también tienen buenas ausencias del mismo, que son fieles a su palabra empeñada, en cumplir los compromisos adquiridos, en rehusar las componendas vergonzosas!

¡Cuán laudables son los domésticos que defienden a su señor; los peones que trabajan por delante y por detrás del patrón; los empleados que se abstienen de sisar, viéndolos el propietario y estando a salvo de sus miradas!

Recompensas

Pero si admirable es la fidelidad en su práctica, no lo es menos en el premio que Dios le asigna en esta y en la vida futura.

Fiel fue Noé y se salvó con su familia del diluvio universal.

Esta virtud hizo grandes a Moisés, a José hijo de Jacob, a Daniel, a Elías, a David, a Ezequías, a Judas Macabeo y su fi-

delidad les atrajo marcada protección del cielo. Si alguno de estos personajes tuvo eclipses en su vida, fué a consecuencia de una deslealtad a su Dios.

Hermosísima será lo recompensa en la eternidad, porque al servidor fiel Dios le remunerará con el gozo de su Señor, (Fat. 25, v. 21).

C. B. A., Pbro.

De "Hojita Parroquial".

Doña Regina Chacón de Alvarez

Muy sentida ha sido por sus numerosas amistades y familiares la muerte de la bondadosa señora doña Regina Chacón de Alvarez, persona muy virtuosa, su corazón lleno de bondad la hacía acreedora al aprecio y cariño de todos los que la conocieron. Madre modelo y esposa admirable, deja su hogar en la mayor tristeza.

Enviamos nuestro más sentido pésame a su apreciable esposo, a sus hijos don Juan Gómez y señora, a Albertina, a Isabel y a Francisco y muy especialmente a nuestra muy querida amiga Margarita Alvarez.

Rogamos enviar oraciones por el eterno descanso del alma de doña Regina.

Don Víctor Aubert S.

Muy sentida ha sido por sus numerosas amistades y familiares la muerte del apreciable caballero don Víctor Aubert S., persona cultísima y muy simpática que se hizo querer de todos cuantos lo conocieron.

Enviamos nuestro más sentido pésame a su afligida esposa doña Celina Beer de Aubert, a sus hijos Else de Castro Saborío, Rolando Aubert y señora, Paulino Acosta

y señora, a sus hermanos don Luis Jerónimo Bonilla, señora y familia, doña Clarisa de Blanco, doña Elena Vda. de Azuola, señorita Elisa Aubert, don Emilio Aubert y señora, don Arturo Aubert, don Jorge Aubert y señora y demás miembros de la familia doliente.

Rogamos enviar oraciones por el eterno descanso del alma de don Víctor.

Don Jesús Núñez Gutiérrez

En Guadalupe, el día primero de Enero, falleció el apreciable caballero don Jesús Núñez Gutiérrez, perteneciente a la apreciable familia Núñez Gutiérrez y Jiménez Núñez, familias cuyo talento y grandes méritos científicos y artísticos han dado brillo no sólo a su lugar natal, Guadalupe, sino también a Costa Rica, pues en esta familia son numerosos los profesionales distinguidos que han laborado por el engrandecimiento de Costa Rica.

Toda una familia que se ha distingui-

do por su caballerosidad, honradez y laboriosidad y principalmente por su cultura entre cuyos miembros se destacó don Jesús cuya muerte lamentamos de todo corazón.

Enviamos a toda la apreciable familia Núñez Gutiérrez y Jiménez Núñez nuestro más sentido pésame y muy especialmente a sus hijos don Emanuel Núñez y señora y a don Alfredo Núñez y señora.

Rogamos enviar oraciones por el eterno descanso del alma de don Jesús.

El dulce nombre de María

12 de setiembre

¡Estrella de la mar, Virgen María,
de la infinita creación Señora!

Tu nombre es un raudal de poesía,
de fe, vida y placer engendradora,
y al corazón del hombre da alegría,
miel a sus labios, música sonora
a su oído, a su ánimo consuelos,
en el afán de tus mortales duelos.

Tu nombre es una música más grata
que cuantas escuchó la baja tierra.
Cuantos ecos la atmósfera arrebató
en bosque o llano, población o sierra;
cuantos el viento en su extensión dilata

robándolos al mar que los encierra,
no imitarán jamás la melodía
del dulcísimo nombre de María.

Yo quisiera encontrar en mi garganta
sonidos y palabras celestiales
para explicar la melodía santa
que atesora su nombre a los mortales.
Mas su nombre inmortal ¿cómo se canta?
¿Con lengua y con palabras terrenales?
¿Cómo ofrecer al paladar del nombre
la miel que emana de su dulce nombre?

José Zorrilla.

La familia

Son seres que viven en una casa bajo
las órdenes del jefe de ésta.

La familia! Palabra dulce, encantado-
ra, en medio de cuyos personajes gozamos y
ocupamos puesto noble según sean nuestros
actos.

Pero para proporcionarnos verdadera
tranquilidad debemos conservar la paz, la
armonía entre todos los miembros de ella.

Debemos imitar en lo posible a la fami-
lia divina de Nazaret.

En esa familia José fué el dechado del
esposo que amó a su esposa y se sacrificó por
ella, el dechado del padre que educó al hijo,
que actuó como jefe de la familia y la gober-
nó según la voluntad de Dios cumpliendo
con todos los deberes de la Religión y de la
Sociedad.

La Virgen María, el modelo acabado
de la Madre que vivió para su Hijo y le a-

compañó por todas partes desde la cuna has-
ta la Cruz.

Jesús, el modelo perfectísimo del hijo,
obediente a sus padres, a su lado hasta los
30 años sin deseos de prematura emancipa-
ción, siendo su gozo, su ayuda, su dicha y
su honor.

Hay familias en la que los esposos se

IMPORTANTE

**No olvide contribuir para el Sagrario
de la Iglesia de la Agonía de los Pa-
dres Redentoristas en Alajuela.**

**Nos faltan más de ₡ 3.000, su va-
lor es de ₡ 5.500. Será una obra de
arte digna de alojar a Nuestro Señor,
quien le pagará con creces su obsequio,
¡No lo olvide!**

guardan fidelidad y educan cristianamente a sus hijos y éstos están sumisos a sus padres y los rodean de amor y de respeto.

Hogares de ambiente profundamente religioso, en que reinan la paz, el orden, la mutua concordia, consideración en los goces y resignación en las penas.

Tienen que valerse de algún medio para conservarse tan bien en un ambiente de general corrupción.

No vacilamos en afirmar que uno de esos medios es el Santo Rosario, rezado en común, medio efficacísimo para realizar en los hogares el ideal de la familia cristiana.

Por el Santo Rosario cumple la familia el deber que tiene de rendir a Dios tributo de adoración, de amor y de acción de gracias.

En los misterios del Santo Rosario,

considera la familia las virtudes que practicó la familia de Nazaret y suavemente trata de imitarla.

Cuando toda la familia, ante la imagen de la Virgen reza el Santo Rosario, la gracia del Señor desciende sobre ella, se edifican mutuamente los miembros familiares, se aunan las voluntades y se funden los corazones.

Y sobre esa familia vela con especial solicitud la Reina del Santísimo Rosario, calmando tempestades, suavizando asperezas, alejando tentaciones y males.

Recemos el Rosario diariamente en familia.

María

Sabanas, 2 de Dic. de 1940.

Conformidad

"No hay felicidad posible para quien siempre está pensando en sí mismo, en sus dolores o en sus tristezas".

No hay en efecto mayor desdicha que la de pensar continuamente en uno mismo y en su mala suerte. La felicidad es una amalgama de pequeñas y grandes satisfacciones, de alegrías y de pesares, de esperanzas y de triunfos, de anhelos o de realidades. Es absolutamente imposible entonces dar una receta de felicidad, ni seguir una norma de conducta para alcanzarla, porque la felicidad trae la propia vida; siempre que ésta se viva normal y conscientemente y no es posible, como es lógico, reducirla a una cuestión matemática, pues depende, en absoluto, de nosotros mismos, de la rectitud de nuestras obras y de nuestros pensamientos, de la bondad de nuestro corazón y de la altura de nuestros ideales.

La suerte no es buena, ni mala, ni adversa; es tal cual la necesitamos para nuestra dicha presente, o futura, o para nuestro feliz arribo al más allá. Lo que hoy podemos considerar una desgracia, veremos mañana

que fue nuestra salvación; una alegría presente puede prepararnos para muchos momentos dolorosos; lo que hoy nos sume en la mayor tristeza, veremos mañana que contribuye a nuestra felicidad. Pero para ello debemos siempre aprovechar todos los infinitos y continuos goces que la vida nos ofrece, ya sean éstos tan insignificantes en apariencia que podamos hasta creer que no valen la pena; pues si sabemos comprenderlos y valorarlos, uniéndolos a otras satisfacciones, les hallaremos todo su valor, ya que en nosotros mismos está la fuente de todo el bien y de todo el mal que pueda sobrevenirnos.

Nuestros mismos pensamientos pueden tener influencia decisiva sobre nuestra felicidad cotidiana haciéndolos placenteros, gratos, generosos, tendremos mil veces más satisfacciones que si dejamos deslizar en ellos ideas de rencor o de envidia. Nada hay que amargue tanto el corazón como el deseo de lo que otros poseen, como la envidia de los bienes ajenos, como el anhelo de lo que es imposible alcanzar.

Jamás lo nuestro nos parecerá suficiente si envidiamos lo de los otros; jamás lo

nuestro será bastante hermoso, si siempre lo de los demás nos parece superior.

Conformándonos con lo poco tendremos lo mucho, que y sabiendo renunciar con generosidad y altura a lo que no nos corresponde, poseeremos mil veces más en satisfacciones y tranquilidad de conciencia. Si nuestra casa es humilde, pero hay en ella armonía, cariño y estimación; si es rica en alegría de vivir, debe parecernos mucho más hermosa y más grata de habitar que aquella suntuosa, pero falta de afectos y calor de hogar, en la que sólo se puede encontrar el lujo frío que proporciona la fortuna.

Nuestra vida será pródiga en felicidad si llegamos a comprender que no hay dicha más grande que las satisfacciones morales y que vale más, mil veces más, un corazón comprensivo y bueno dentro del pecho, que una libreta de cheques en el bolsillo, por más cuantiosos que sean los bienes que a ellos respondan. En suma, que las palabras de Marden nos hacen meditar: Que olvidándonos un poco de nosotros mismos, podremos hallar al fin de la jornada la felicidad que poco a poco y humildemente habremos ido acumulando en nuestra vida.

María y los Magos

Cuando los Magos homenajearon al Niño, no fué sólo Jesús el saludado como Rey del universo; el saludo se extendía también a María. En aquellos momentos María era la Reina Madre del Hijo Rey. El evangelista San Mateo nos ofrece el título de semejante cuadro cuando escribe: "Entraron, hallaron al Niño con su Madre, cayeron de rodillas y le adoraron. Abrieron sus estuches y le ofrecieron, como regalo, oro, incienso y mirra."

El vasallaje de los paganos de lejanas tierras pasó pronto. La impresión que hizo en María fué, en cambio, duradera y fué aumentando en la medida en que crecía su fe. Dos hechos se habían sucedido, por disposición divina, saltando por encima de todas las leyes de la naturaleza: la adoración de unos pastores de Israel y el homenaje de unos sabios de la gentilidad. Con eso adqui-

rió un doble aval la palabra profética de Simeón, en la que se refería a israelitas y paganos, cuando llamó al Niño Redentor, luz iluminadora para los gentiles y gloria del pueblo de Israel. Los horizontes se ampliaron para María; la profecía de Simeón empezaba a realizarse ante sus propios ojos en sus dos aspectos; desde aquel momento vió en su Hijo, no sólo al Salvador de Israel, sino también al Salvador de todos los paganos de la tierra que adoraban a los ídolos. Siempre que recordaba las palabras de Simeón sobre Jesús y sobre sí misma, volvía a despertarse de algún modo la memoria de los magnates paganos que habían visitado a su Hijo.

Del libro "Vida de María, la Madre de Jesús" por Fr. M. Willam, Editorial Herder.

El bautismo

El **Bautismo** es un sacramento que borra el pecado original y los pecados actuales, haciéndonos cristianos, hijos de Dios y de la Iglesia.

—**Necesidad del Bautismo.**—El Bautismo es absolutamente necesario para la salvación. Las palabras de Jesucristo son

terminantes: "En verdad os digo: si alguien no renace a la vida espiritual por el agua y el Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de los cielos". (Juan III, 5.)

El Bautismo puede ser suplido o reemplazado por el martirio: es el **Bautismo de sangre**; o por un perfecto amor

de Dios, con el deseo, al menos **implícito**, de ser bautizado: es el **Bautismo de deseo**.

1º La **materia** del Bautismo es el agua natural, símbolo de la purificación del alma.

2º La **forma** consiste en estas palabras: **"Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo"**.

3º El **ministro**: los obispos, los sacerdotes. Pero en **caso de necesidad**, toda persona **puede y debe** bautizar. — Porque el Bautismo es indispensable para la salvación. Dios ha querido que su recepción fuera fácil.

El que bautiza en caso de necesidad debe derramar agua natural sobre la cabeza de la criatura, diciendo al mismo tiempo, con intención de hacer lo que hace la Iglesia: **"Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo"**.

—El agua debe echarse en la cabeza, si es posible, y si no, en otro miembro principal.

4º **Sujeto** del Bautismo es toda criatura humana sin distinción: Jesucristo no ha exceptuado a nadie. **"Id, dice El a sus Apóstoles, enseñad a todas las naciones, y bautizadlas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo"**. (Mat. XXVIII, 19).

5º **Los Efectos** del Bautismo. — El efecto general del Bautismo es la regeneración espiritual: el hombre renace a una

nueva vida, la vida de los hijos de Dios. En particular, el Bautismo produce tres efectos:

a) La remisión del pecado original, de los pecados actuales y de penas debidas al pecado.

b) La infusión de la gracia santificante acompañada de las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad; de las otras virtudes infusas y de los dones del Espíritu Santo.

c) La impresión del carácter, que hace al bautizado hijo de Dios y de la Iglesia, hermano de Jesucristo y heredero del cielo.

Obligaciones del bautizado.—El que recibe el Bautismo se compromete a renunciar al demonio, a sus pompas, a sus obras, a creer en Jesucristo y a practicar la ley evangélica.

Objeción. — Los padres, preguntan librepensadores, **¿tienen derecho para hacer cristianos a sus hijos sin su consentimiento?**

R.—¿Por qué no han de tener el derecho de hacerles bien? ¿Esperan acaso su consentimiento para hacerlos curar, si están enfermos? ¿Esperan que tengan uso de razón para hacerlos inscribir como ciudadanos? ¿Y por qué habrá de ser necesario su consentimiento para hacerlos miembros de la sociedad de Jesucristo?—(Guyot).

La puerta abierta

El doctor Charles Sheldon, en la Revista "Cristian Herald" publica un artículo que viene a ser un magnífico elogio de la Confesión. "La Puerta Abierta" es algo así como un confesonario protestante de la Iglesia Congregacional de Topeka. "Mientras yo fuí el pastor — dice el Dr. Sheldon — era en cierto modo el experimento más interesante y satisfactorio, si puede llamarse así, de todo mi ministerio". Narra luego algunos casos concretos acaecidos durante tan fecundo ministerio: jóvenes salvadas, hogares que no fueron al divorcio,

desesperados que no se suicidaron etc. etc. La acción de la "Puerta Abierta", una pobre imitación de nuestra Confesión, sin el sacramento eficazísima, según la experiencia de un pastor protestante, lo hace concluir así: "Hay tres factores en la Iglesia Católica que la dan poder con sus miembros: su Unidad, su Dogma y su confesonario".

¿Que dicen de eso algunos sectarios trasnochados que despotrican a cual más y mejor contra la Confesión?

Curiosidades de las abejas

Por Odilio S. Breton Newhall.

Regla, Habana.

"ESA ES MI OBRA"

La polenación de las flores, se efectúa indistintamente por una serie de conductos: el viento, el agua, las aves y otros agentes más cooperan a la exactitud de esta modificación. Pero, débese a la abeja en primer término esa misión, en base a que es el único insecto que nutre su cría con polen.

Cuando la verja del día se entorna e invita a que todo se mueva y marche; puede contemplarse como el todo se combina en una singular carrera y, como todo concurre en asistencia a establecer el compás de la unidad que rige, la vida.

El sol, como una lámpara constante, inclínase y remite calor; el mar, parece despertar las ilusiones y decir: soy el coloso; los surtidores, acarician con besos de candor todas las bellezas que plasman el seno de la tierra. Aquí, un pájaro que canta; allá una corriente que se precipita; y más allá... más allá quién sabe cuanto se oculta. Sin embargo, cualquiera presiente que cuanto huye de la mirada profana, es la esencia esencialísima para compendiar cuanto se observa.

Cada sér que se estudia, es el principio y fin de las múltiples maravillas que armonizan su corazón a sér. Y hasta lo que asemeja haberse muerto, vive aún, porque de ahí se inicia el laboratorio que estructura el comenzar de otros principios.

Tal vez de lo que hoy resulta espectáculo tenebroso, sea el proemio de un resurgir poético; depende de que los elementos en disgregación allí latentes, puedan aunarse en otra modalidad de composición. Quizá, si donde ahora un pantano interrumpe el paso, más tarde sea una rúa que transporte el progreso. Quién podría imaginarse que el reluciente brillante que adorna a una dama satisfecha, es producto de las entrañas de la tierra? Esa es la belleza que admiramos

La abeja, que tan poco caso hacen de ella los que de ocuparse harían felices a sus

hermanos es; es no sólo el original tesoro, sino que tiene la potestad de enriquecer cuanto le rodea.

Va a los campos, protege su verdor, vitaliza su fertilidad y lo que no es fértil lo convierte en próspero. Llega a los árboles y les dice: dad frutos. Llega a las campiñas y exclama: háganse las flores. Arriba a las mentes limpias y los exhorta a luchar, lucha por el bien y el progreso, paso a la cultura.

Cuando parece fatigada ya, cuando dió sus principios de nueva vida a todo, cuando depositó en los sentimientos, nuevos y valiosos estímulos para la felicidad, se dice: ¿Y ahora qué hago yo? ¡Ah! Y mi cría y mi hogar? No tiene miel, y en esas fuentes que he creado derrámase a tropel, la dulzura, voy a tomarla... y la capta. Llega a su mansión, tapízala de perfumes incomparables, rodéala de fortaleza inexpugnable, y cuando termina el ciclo de su nobilísima tarea, ha construído un alcázar de maravillas, un cuadro cual lienzo inimitable y ha colmado en un recipinete de tupidísima pureza, bálsamo de incalculable valor para obsequiar a la humanidad, con el fin de que ésta la utilice como comenzar de placeres y garantía de bienestar.

Pareciéndole poco tal vez, al finalizar su trajín, los pórticos del sol principian a cerrarse; y cuando cada quien exclama: creo haber realizado mi labor, la abeja responde en su eco: yo estoy segura de haber sincerado mi responsabilidad, ya que la exuberancia de la flora lo expone con elocuencia inimitable: esa es mi obra.

¡JERUSALEN, JERUSALEN!

Cuántas veces salió este nombre de labios de los Profetas, en momentos de amargura. Pero nunca tan dolorosamente como cuando lo pronunció Jesús en medio de sollozos.

Saquemos conclusiones

Una joven antigua

Mucho Dios (en su fe vivió mi abuela).
Mucho pudor (mi Madre me ha enseñado).

Mucha virtud (mi Padre ha practicado).

Mucha verdad (la Ley de Dios revela).
Poco dinero (nunca se desvela).

Pocas modas (usarlas me han enfadado).

Poco gozar (así me han educado).

Poco interés (ser santa mi alma anhelaba).

¿Caridad? (¡Cuán feliz es quien te siente!)

¿Amistad? ¿no eres tú pasión bastarda).

Volar al Cielo es mi ambición ardiente.
(La Muerte dócil en llegar no tarda:
Besa a la joven en su casta frente.
Y se la lleva el Angel de la Guarda).

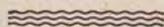
Una joven moderna

Poco Dios (antiguallas de mi abuela).
Poco pudor (la moda lo ha derrumbado).

Poca virtud (del mundo se ha ausentado).

Poca verdad (en sociedad no cuela).

Mucho dinero (es lo que mi alma anhelaba).



La ciencia y el arte de comer

La mayoría de la gente come mal. Se dice que por la boca muere el pez, y se podría agregar que el hombre también. El refinamiento moderno ha hecho de la acción de comer un arte, el arte gastronómico, en lugar de hacer una ciencia: la de la nutrición. Es en balde que los dietistas se afanen por orientar a la gente, aconsejándole normas higiénicas para la alimentación.

El hombre vive haciendo complacientes concesiones a su glotonería. Nunca se piensa: ¿Qué alimento me resultará más saludable?, sino: "¿Qué manjar podré comer hoy que sea bien apetitoso?" Y ya se sabe que para que lo sea debe contener su buena porción de condimentos.

La mayoría de las personas comen muy ligero, sin darse tiempo suficiente para masticar.

Se abusa de los alimentos cocinados y, sobre todo, de las conservas, que seducen a la vista, al gusto y al olfato, pero que constituyen verdaderos venenos, de acción evidentemente muy lenta, pero progresiva, que tarde o temprano se deja sentir. Esta acción nefasta es agravada por el consumo de be-

bidas alcohólicas.

Se atiende, por lo general, a las calorías que pueden producir los alimentos, descuidando erróneamente la noción más moderna y primordial del valor de las vitaminas. Debido a esto se consume demasiada carne y muy pocas legumbres, frutas y verduras crudas, lo que produce acidosis de los tejidos y putrefacciones intestinales.

Se exige en la mesa pan bien blanco y crocante, desdeñando el pan integral, que contiene la cutícula del trigo, donde reside el principal valor alimenticio. También se prefiere las verduras blancas, desdeñando las verdes, ricas en sales minerales y vitaminas. Y para condimentar los manjares se les echa puñados de sal, cuya influencia nociva para los riñones es bien conocida.

Esta mala alimentación no tarde en producir efectos perjudiciales, cuyas consecuencias son: la caries dental, la estomatitis, la jaqueca, la aftosa, la eczema y, de modo general, el artrismo.

Estas afecciones son debidas a la carencia o al exceso de ciertos alimentos.

También la gota, la diabetes, la tuber-

culosis y la intoxicación intestinal pueden ser determinadas por una disminución de la resistencia orgánica.

La avitaminosis sería la causa de numerosos casos de anemia, de dispepsia, de depresión nerviosa y de alteración del carácter, de la mala circulación de la sangre y otras afecciones diversas que suelen padecer las mujeres. Un gran fisiólogo inglés ha manifestado recientemente que la mayoría de nuestros males son debido a una alimentación defectuosa y desequilibrada.

Veamos, pues, las normas para una buena alimentación:

Las frutas, y las legumbres y verduras (sobre todo en ensaladas) deben entrar diariamente en la alimentación.

El pan blanco debe ser alternado con pan integral o substituido por él.

Se debe comer poca carne y complementarla con ensaladas y frutas secas.

Conviene evitar un cocimiento excesivo de los alimentos, pues destruye las vitaminas.

Debe limitarse, en lo posible, el uso de la sal, especias y alcohol, y evitarse el uso inmoderado de conservas.

Conviene hacer diariamente una comida abundante y dos pequeñas meriendas; no comer nunca de modo excesivo y masticar parsimoniosamente.

En resumen: es preciso hacer de la alimentación una ciencia que vele por la salud y no un arte refinado que la destruya.

Dr. Braun

Consejos útiles

El limón tiene aplicaciones múltiples. Una de ellas es ésta como limpiador de los mangos de marfil de los cuchillos.

La vaselina es lo más eficaz para preservar la madera de los cepillos de la acción del amoníaco que se emplea en la limpieza de su cerda.

Entre las múltiples substancias con aplicaciones dentro de la economía doméstica que hacen falta en una casa, siendo algunas de ellas realmente imprescindibles, figura el amoníaco en primer término.

Sus propiedades hace que pueda utilizarse lo mismo para la limpieza de cepillos que para reavivar los colores de las alfombras o tapices un tanto desteñidos. Para lo primero se mojan las cerdas de los cepillos en agua que contenga amoníaco en la proporción de una cucharada por litro y a continuación se les da otro baño en vinagre, a modo de enjuague. Para lo segundo se cepilla la alfombra, por ejemplo, impregnando el cepillo en agua tibia amoniacada en la proporción de dos cucharadas por litro de líquido.

Pero tiene aún otros usos: el de servir

como eliminador de las manchas de orín de la hoja de los cubiertos; también quita las manchas de ácidos. Luego el amoníaco es un colaborador de la dueña de casa.

El bicarbonato, además de usarse algo en la cocina, sirve para desengrasar las esponjas sin riesgo de estropearlas. Para esto se las deja en un baño de agua en la que se hayan vertido unos 25 gramos de dicho polvo durante un tiempo prudencial y a continuación se enjuagan a fondo.

Además disolviendo cinco gramos de bicarbonato por litro de agua que se emplee para lavar lanitas finas, tejidos rayonne o de seda se les conserva su buen aspecto.

El alcohol es irremplazable para eliminar de los vestidos las manchas de hierba; ese verdor que a veces resulta reaciona salir de los tejidos que no son lavables. También es eficaz contra las manchas de chocolate y las de estearina a cera.

A falta de agua oxigenada se puede emplear el alcohol para quitar el color amarillento que adquieren a veces las teclas del piano. Con alcohol se limpian vidrios, alhajas, objetos de plata, de níquel. También se

elimina el olor a pescado de los cubiertos de plata pasándolos por una llamita de alcohol y luego lavándolos como de costumbre.

El agua oxigenada es eficazísima para conferir a la seda blanca después de lavada

un aspecto hermoso. Para esto basta con verter un chorrillo en el agua que se utilice para enjuagarla.

Nora R. de Peláez

De "Para Tí".

RECETAS DE COCINA

Sandwiches de Pollo

Se prepara la carne de pollo bien condimentada para que quede gustosa; en una cacerola se fríe un cebolla picada finamente en mantequilla, una cucharadita de perejil picado, se echa la carne del pollo y se fríe hasta que esté un poco dorada, se le agrega una cucharadita de salsa inglesa, sal, pimienta y se le echa un cucharón de caldo de carne, se deja cocinar hasta que esté bien suave. Se untan de mantequilla las rebanadas de pan y se coloca encima una rebanada delgadita de queso fresco, encima se coloca el pollo y se cubre con otra rebanada de pan untada de mantequilla; se meten al horno caliente y se dejan el tiempo apenas necesario para que se calienten lo suficiente. Se sirven bien calientes.

Pate para sandwiches

Se emplea 1/2 libra de lomo de res, 1/2 de lomo de cerdo; se pone en una cacerola una cucharada de manteca, 2 dientes de ajo, cuando están dorados los ajos se sacan y se botan, entónces se echan las dos carnes bien lavadas y secas con una servilleta, se fríen hasta que la carne esté dorada por todos lados, entónces se le agrega una ramita de tomillo, sal y pimienta y se le echa agua hirviendo hasta la mitad de la altura de la carne, se deja cocinar bien tapada hasta que esté bien suave y se haya secado toda el agua; se muele finamente la carne y se mezcla con suficiente mantequilla, mostaza, y salsa inglesa y unas aceitunas en pedacitos, se prueba para saber si está al gusto, con esta preparación se untan las tajadas de pan.

Sandwiches de huevo duro

Se ponen a cocinar en agua hirviendo dos huevos y durante 20 minutos, se dejan enfriar, se pelan con mucho cuidado y se cortan en el aparatito de cortar huevos en láminas. Se cortan tajadas de pan añejo de 1/2 centímetro de grueso, se les quita la cáscara del pan, y se cortan en ruedas o en la forma que se quiera, echan en aceite y mantequilla por mitades, hirviendo, y se dejan freír un momento, apenas para que les penetre la grasa, se dejan enfriar, se les pone mayonesa bien espesa, encima se les pone las tajaditas de huevo, se espolvorean con perejil picado y se sirve.

Croquetas de coco

Se mezclan en una taza de batir 150 gramos de almendras en polvo, 75 gramos de coco rallado, 150 gramos de azúcar en polvo, tres cucharadas de harina, y tres claras de huevo, se mezclan muy bien quedando una pasta medio suave. Se echan cucharadas bien llenas sobre la tabla de amasar enharinada y se le da vueltas hasta formar cilindros que se envuelven en clara de huevo batida un poquito y luego se envuelven en una mezcla de almendras tostadas en polvo y coco rallado. Se colocan en cazolejas untadas de manteca y enharinadas y se meten al horno a fuego mediano durante 12 minutos.

LEA ESTO: No olvide que en este mes y en el de febrero REVISTA COSTARRICENSE SALE DOS VECES EN EL MES, pero con el doble de páginas que la corriente.

Inteligencia y vejez

Recientes experimentos realizados por el doctor Freeman, de California, indican que las cualidades intelectuales de una persona no declinan después de los 45 años, si esas facultades se siguen usando.

Las pruebas mencionadas son alentadoras para hombres y mujeres que se aproximan al crepúsculo de la vida. Solamente la

inacción produce merma en la vitalidad mental. Conservadas en ejercicio, las facultades intelectuales no envejecen ni declinan. Quizá se registra en ellas una pequeña disminución en la rapidez, pero en general no hay diferencia con la juventud, edad considerada como la cúspide de la vida mental.

(De "Para Tí")

El peligro de las novelas

Algunos se quejan de que las novelas trastornan la cabeza. Lo creo. Poniendo de continuo a la vista de los que las leen los encantos de una vida imaginaria, los seducen, los hace desdeñar su estado y cambiarlo fantásticamente por el que se les presenta, tan lleno de atractivos. Queriendo ser lo que no son, llegan a creerse otra cosa de lo

que son. Y concluyen por volverse locos. No miro ninguna de mis obras sin estremecerme: en lugar de instruir, pervierto; en vez de instruir, enveneno; pero la pasión me ciega, y a pesar de mis hermosas frases, no soy más que un malvado. — (El mismísimo Rousseau).

CONSULTORIO OPTICO

"RIVERA"

Exámenes científicos de la vista.

LENTES Y ANTEOJOS DE TODOS
PRECIOS

Frente al Gran Hotel Costa Rica

CLINICA DENTAL

DOCTOR PERCY FISCHER

Dentista Americano

DE LA UNIVERSIDAD DE HARVARD

Ofrece al público métodos modernos
en sus servicios profesionales

Rayos X

TELEFONO 3105

50 varas al Oeste de la Iglesia del
Carmen

TIENDA DE

CHEPE ESQUIVEL

Avenida Central, Esquina opuesta de
Mercado

Prepárese para el frío del verano

en esta tienda encontrará usted las
mejores y más baratas

Cobijas de Lana

GMO. NIEHAUS & C^o

DEPOSITO PERMANENTE DE

AZUCAR de GRECIA, Hacienda "VICTORIA"

" de Santa Ana, Hacienda "LINDORA"

" de Santa Ana, Hacienda "ARAGON"

ARROZ de Santa Ana, el mejor elaborado.

ALMIDON, marca "Rosales", Hacienda "PORO"

Calidades insuperables

Precios sin competencia

AL POR MAYOR - AL POR MENOR

Apartado 493 — Teléfono 2131

Psico-análisis

La cara y el cuerpo que cada uno de nosotros presentamos al mundo no es en realidad su verdadero ser. Es como una capa que otros ven y por ella juzgan lo que somos.

Nuestras palabras y acciones pueden ser lo que queremos que sean. Nuestro ser real es tal vez mejor que como lo ve el mundo. Aun cuando sabemos que no nos presentamos al mundo como verdaderamente somos, no nos damos cuenta de que en realidad no sabemos cómo somos. No conocemos más que, lo que se podría llamar pensamientos y acciones, que se nos ocurren en los momentos en que estamos conscientes.

Hay, sin embargo, otra parte de nosotros, una parte muy importante, que nosotros no conocemos y esta parte desconocida puede cambiar un poco nuestra manera acostumbrada de conducirnos. Se supone que ese comportamiento diferente se debe a esa parte inconsciente de nuestro ser.

El análisis o estudio de nuestro comportamiento, cambiado por nuestro ser inconsciente, es lo que llamamos psicoanálisis.

En realidad nuestra parte inconsciente es la más grande y más importante. "Es más importante por dos razones principales:

primero, porque tiene un alcance más grande, en cuanto a tiempo y extensión se refiere, habiendo existido en la vida de nuestros antecesores y después en la nuestra, desde que nacimos; y segundo, porque está libre de intervención o manejo nuestro, razón por la cual una persona dice la verdad franca y sin adorno cuando su ser inconsciente se incita a hablar.

Un psico-analizador es una persona que con paciencia y tacto nos hace contestar, directamente y sin pensamiento preparado, las preguntas significantes que nos hace. Las palabras en esas preguntas despiertan ciertas palabras o expresiones de pensamiento en nuestro ser real. El puede interpretar las palabras o expresiones que vienen de nuestra mente inconsciente, explicar de lleno lo que significan y de qué modo esos pensamientos llegan a formar parte de nosotros y causar cierto comportamiento de nuestra parte. Cuando todo eso se nos explica claramente, podemos ver la razón por la cual adquirimos esa creencia anormal o pensamiento y por qué es preciso borrarla de nuestra mente para poder conducirnos de manera normal.

Consejos higiénicos

Se vive siempre en la continua zozobra de adquirir las enfermedades y la prueba de ello es el número de avisos para curar todas las enfermedades que leemos a diario en los periódicos. Lo que sí podemos constatar es que el número de enfermedades aumenta de día en día. Todos los libros de higiene dan las normas para mantener nuestro cuerpo en estado de salud, para su desarrollo, para su fortaleza, nos dicen hay necesidad de tal cantidad de albúmina, de hidratos, de carbono y de grasa, también se habló de calorías. Pero antes no se hablaba de sustancias vitales como las vitaminas, y de sustancias nutritivas como los minerales y si se hablaba no se le daba importancia. Es por esto que la cocina antigua no tenía la importancia que tiene la cocina moderna. Antiguamente la carne

era principal alimento y hoy día se sabe que es pobre en vitaminas y se cocinaban las legumbres lo más posible privándolas de las sustancias nutritivas y por la falta de conocimientos de los componentes de la alimentación es que las enfermedades se han multiplicado. Por esto es que debemos estar muy satisfechos de que la ciencia moderna nos haya puesto en conocimiento del verdadero valor nutritivo de los alimentos y toda ama de casa puede alimentar a los suyos científicamente, evitándose ella los peligros consiguientes al desarrollo de enfermedades debido a un falso régimen alimenticio. Por esta razón, Revista Costarricense insiste mucho sobre la buena alimentación y sobre el valor alimenticio de los alimentos.